

PUNTO

ROJO



LA TERCERA ESFINGE

silver kane

LA TERCERA ESFINGE

SILVER KANE

**LA TERCERA
ESFINGE**

**1.^a EDICIÓN
SEPTIEMBRE - 1962**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ**

DEPOSITO LEGAL B 16.941 - 1962

PRINTED IN SPAIN -IMPRESO EN ESPAÑA

© SILVER KANE - 1962

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

N. R. 3398/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL.

En Colección BISONTE:

752. — Hora de morir.

En Colección SERVICIO SECRETO:

606. — Un regalo para el muerto.

En Colección BUFALO:

420. — La dama negra.

En Colección SALVAJE TEXAS:

321. — Un lugar llamado Tucson.

En Colección CALIFORNIA:

283. — La hora de los demonios.

En Colección COLORADO:

208. — Su último desafío.

En Colección KANSAS:

210. — Tres diablos y medio.

En Colección ASES DEL OESTE:

168. — Camelias para la muerte.

En Colección BRAVO OESTE:

67. — El Paso de Satán.

En Colección PUNTO ROJO:

12. — Cementerios de París.

La tercera esfinge

por **SILVER KANE**



CAPÍTULO PRIMERO

Todo empezó de una manera extraña e incoherente, como suelen comenzar las pesadillas. Fue siete días antes de mi boda.

Recuerdo que eran las dos de la madrugada había tomado el último subway en dirección a Manhattan. El vagón estaba casi completamente vacío, pues a aquella hora sólo algunos raros noctámbulos y algunos obreros tipógrafos de los periódicos de Nueva York volvían a sus casas. El «Cadillac» de, segunda mano que había adquirido dos semanas antes estaba estropeado, con una tontería en el cambio de marchas que le llevaría veinticuatro horas en un taller. Por eso había tomado el subway.

Iba leyendo un ejemplar del New York Times recién salido de las máquinas. La edición aún no estaba en la calle, ni mucho menos, pero como repórter de sucesos —aunque no de primera fila— me llevaba siempre uno de los primeros ejemplares a casa, poco después del cierre, cuando las rotativas se ponían a trabajar a toda presión. Como a la mañana siguiente era domingo, el ejemplar tenía más de cien páginas.

En él aparecía mi retrato.

Yo, Ted Purvis, de veintisiete años de edad, redactor de segunda en la inmensa máquina periodística del New York Times y especializado en sucesos. Como siempre andaba metido entre tipos del hampa, a los que con frecuencia desenmascaraba, había quien me profetizaba un brillante porvenir y quien me profetizaba una brillante muerte. Yo me limitaba a pensar que, con lo que me pagaban, la brillante muerte no valía la pena.

Aquella madrugada, mi retrato no aparecía en el periódico por ningún reportaje sensacional, sino simplemente porque yo iba a ser testigo de la acusación contra Steve Familiare. Para los pocos que

no hayan oído nombrar aún a Steve Familiare, les diré que era uno de los que dominaban el puerto de Nueva York en el lucrativo negocio de la trata de blancas, con ramificaciones en Río de Janeiro y Buenos Aires. Después de muchos años sin cometer, aparentemente, ningún delito, Steve Familiare había caído bajo la acusación del fiscal del Distrito por el asesinato con su propia mano de un obrero portuario. El asunto era serio y podía llevar a Familiare a la silla eléctrica. Los dos testigos de la acusación éramos yo —que había recogido las últimas palabras del moribundo— y un contratista de los muelles llamado Zarko, que había presenciado el asesinato.

Precisamente al doblar el periódico y levantar los ojos del papel impreso, vi a Zarko.

¿Como no me había fijado antes en él? ¿Cómo no me había dado cuenta de que iba sentado justamente enfrente mío, en medio de dos individuos vestidos con elegancia?

Quizá era porque uno de ellos había estado leyendo un enorme periódico de la noche, con cuyas páginas lo tapaba parcialmente. Ahora, al doblarlo como había hecho yo, lo ponía al descubierto.

Zarko me miraba fijamente, sin pestañear.

Sonreí.

Zarko no me devolvió la sonrisa.

Uno de los tipos que iban junto a él encendió un cigarrillo y me miró de un modo distraído, sin concederme al parecer demasiada importancia. El otro desdobló el periódico de nuevo y se sumió en su lectura, tapando parcialmente a Zarko.

«Tapándolo parcialmente» he dicho. No, lo tapó del todo.

Por encima del borde del periódico, yo seguía viendo los ojos inmóviles de Zarko.

Volví a sonreír, y aquellos ojos no pestañearon, no hicieron el menor movimiento.

Fue entonces cuando me di cuenta de que aquellos ojos estaban fijos en mí, pero no me veían.

Zarko había muerto.

Es extraña la sensación que uno siente cuando sabe que está circulando en el ferrocarril subterráneo más perfecto del mundo, después del de Moscú, circulando a gran velocidad bajo las calles de una ciudad de doce millones de habitantes, y, sin embargo, siente

que está tan solo, tan desamparado, como en una isla desierta.

Miré a hurtadillas a ambos lados del vagón. Éste iba completamente vacío, a excepción de nosotros y un viejecillo sentado unos metros más allá y que acariciaba amorosamente una caja de tabaco para pipa. La ayuda que aquel hombrecillo pudiera prestarme en un momento determinado, tenía que ser completamente nula.

Pero aún cabía una posibilidad de que la situación no fuera trágica. Quizá Zarko había fallecido por causas completamente naturales, y aquellos dos tipos que iban sentados a su lado ni tan siquiera se habían dado cuenta. En cuanto yo les avisara, se apresurarían a pedir la ayuda de un agente en la más próxima estación. Me darían gustosos sus nombres y, además, me habrían ofrecido un motivo para un excelente reportaje.

Todo esto, sin embargo, eran fantasías.

Aquellos dos tipos no sólo sabían que Zarko estaba muerto, sino que probablemente lo habían matado ellos clavándole una aguja envenenada. No sólo era absurdo que estuvieran los tres tan apretados en un vagón vacío, sino que, además, lo sostenían por los brazos, manteniéndolo en una postura artificialmente rígida para que su cabeza no cayera hacia adelante. Me fijé en sus manos.

Unas gotitas de sudor helado comenzaron entonces a brotar de mis sienes y se deslizaron hacia las mejillas.

Sin duda aquellos dos tipos eran miembros de la banda de Steve Familiare y habían estado siguiendo Zarko hasta encontrar una oportunidad para eliminarlo del mundo de los vivos. Los desiertos pasillos del subway y aquel vagón casi vacío les habían dado una oportunidad que jamás se hubieran atrevido a soñar. Y las agujas envenenadas, que Familiare había empleado tantas veces, no fallaban nunca.

Me di cuenta de que uno de aquellos dos tipos me estaba mirando.

Desvié los ojos y fingí abismarme de nuevo en la lectura del periódico, pero las gotas de sudor nacidas en las sienes me llegaban ya hasta la boca. Cada traqueteo del tren me repercutía en el cerebro y hacía que temblaran mis manos. Tenía la completa sensación de estar viviendo una maldita pesadilla.

Sin levantar los ojos del periódico una sola vez, intenté

reflexionar. La primera cuestión que se me planteaba era saber si aquellos dos tipos me habían reconocido ya, en cuyo caso no tendría salvación. Encontrar a los dos testigos de cargo contra Steve Familiare solos, como aquel que dice, en un vagón subterráneo, era una oportunidad que no despreciarían.

Poco a poco, me fui tranquilizando por ese lado.

La foto del periódico no podían haberla visto, puesto que, como he dicho, la edición estaba todavía en máquinas y sólo tenían ejemplares los que acababan de dejar su puesto en el diario. Por otra parte, Steve Familiare, como casi todos los granujas importantes de Nueva York, no empleaba nunca a sus propios hombres cuando tenía que realizar un crimen. Resultaba mucho más seguro «alquilarlos» a cualquier compinche de una ciudad lejana, con la promesa de devolver el favor en cuanto el compinche lo necesitase. De este modo, al ser desconocidos los asesinos en la ciudad donde operaban, las pistas eran mucho menos claras. Bueno, este sistema ya lo empleaban los gangsters de los años 30, de modo que Steve Familiare no había inventado nada nuevo.

Partiendo, pues, de la base de que aquellos tipos me habían tomado por un ciudadano cualquiera, resultaba indispensable darles a entender que yo no me había fijado para nada en Zarko.

De lo contrario me eliminarían.

Reuniendo todas mis energías morales, hice un gesto de aburrimiento y encendí un cigarrillo a mi vez, procurando que las manos no me temblaran. El vejete que estaba unos asientos más allá, continuaba acariciando su caja de tabaco para pipa. Yo pregunté en voz alta:

—¡Eh, amigo! ¿Es holandés?

El levantó la cabeza.

—No. ¡Qué va! Este tabaco para pipa es algo especial. Lo preparan en Irlanda del Norte.

—Yo no conozco esa marca. ¿Dónde lo venden?

—Lo encontrará en cualquier parte. Pero sobre todo lo hay a montones en Greenwich Village.

Yo solté un par de frases más, criticando el tabaco holandés aunque la cuestión no me importara, y procurando no mirar ni una sola vez a los dos tipos que sostenían a Zarko. Éstos, que me habían estado mirando fijamente, se tranquilizaron poco a poco.

El convoy se detuvo en una estación, y ambos se pusieron en pie, levantando también el cadáver. Fue increíble el poco disimulo con que lo hicieron, al darse cuenta de que nadie les observaba, Ahora la cabeza de Zarko quedó colgando. Yo, que les miraba por el rabillo del ojo, sentí que en mi garganta se había formado una bola amarga.

El vejete ni siquiera se dio cuenta. Salieron.

La estación estaba desierta, y el convoy reemprendió su marcha con un repentino traqueteo.

Yo sabía que, una vez muerto Zarko, ahora me iba a tocar a mí.

Esto ocurría justamente siete días antes de mi boda.

CAPÍTULO II

La cacería iba a empezar desde aquel momento.

Yo estaba seguro de que me quedaban muy pocas horas de vida cuando entré en el despacho de Bradley, teniente de la Metropolitana, a las ocho en punto de la mañana siguiente. Bradley, que no debía tener mucho trabajo, estaba apilando sobre su mesa varios paquetes de tabaco inglés, todos sin estrenar. Levantó la cabeza aburridamente al verme.

—¿Qué hay, Purvis?

Me senté al otro lado de su mesa y le miré con los ojos entrecerrados. Maldita la gracia que me hacía la tranquilidad del teniente en aquellos momentos. Maldito si me gustaba que el tipo siguiera apilando tranquilamente tabaco inglés hasta que a mí se me llevaran bien empaquetado al cementerio de Brooklin.

—¿Cómo que qué hay? ¿Y lo pregunta?

—¿Se refiere a Zarko?

—Eso es lo que me extraña, teniente. Que esté usted aquí. ¿Acaso no se ha descubierto aún el cadáver?

—Sí.

¿Y está tan tranquilo?

—Estoy cumpliendo con mi deber, Parvis.

Yo miré la pila de cajas de tabaco.

—Bueno... Tiene usted un concepto muy extraño del deber, teniente.

—Y usted un gran nerviosismo.

—Explíquese, ¿quiere?

El apoyó las espaldas en su sillón, estrenó una cajetilla y encendió uno de los cigarrillos sin ofrecerme a mí. Seguramente lo hizo porque sabía que yo fumo muy poco. De esa forma, y

mirándome por entre las volutas de humo, susurró lentamente:

—El cadáver de Zarko fue encontrado esta madrugada dentro de una de las taquillas del subway. Le habían clavado horas antes una aguja envenenada, y el tío estaba arrugado del todo. Como en aquella estación había habido vigilancia hasta poco antes dedujimos que lo habían despachado en otro sitio. Lo que no concibo es la audacia de sus asesinos al transportarlo en el mismo subway.

—Yo los vi.

Las facciones de Bradley tuvieron una imperceptible crispación mientras exhalaba por sus fosas nasales dos dobles chorros de humo.

—Eso es lo que me ha extrañado antes de usted, Purvis: que ha venido hablando del cadáver de Zarko como si lo hubiera visto. ¿Qué es lo que sabe usted de todo esto? ¿En qué berenjenal se ha metido?

—En el más gordo de toda mi vida, Bradley.

Y le expliqué todo lo sucedido pocas horas antes, sin omitir detalle. Al terminar mi relato, las facciones de Bradley se habían vuelto grises.

Preguntó:

—¿Sabría reconocer a aquellos hombres?

—Aunque pasasen cien años.

—Lo malo —reconoció él— es que ya estarán bien lejos de aquí. Steve Familiare emplea asesinos alquilados en otras ciudades, y lo más probable es que salieran ayer mismo de Nueva York en un automóvil que ya tendrían preparado. No lograremos echarles el guante por ahora, aunque pasaremos la descripción a todo el territorio por si la policía de algún Estado tiene la oportunidad de cazarlos. En tal caso usted sería el único testigo de cargo, Purvis.

—No sabe usted la gracia que me hace, teniente. Me entran ganas de saltar de alegría, se lo juro.

A pesar de que yo ya sabía aquello, sentía que una bola se iba formando en mi garganta, hasta impedirme la respiración.

—Es como para ponerse a saltar, teniente —dije con un esfuerzo—. ¿No se le ha ocurrido pensar que me caso la semana próxima?

—¿Con quién?

—No es con una hermanita de Steve Familiare, desde luego. Me caso con Mónica Bel.

—¿Mónica Bel no es una artista de variedades?

—Sí. Y tiene las piernas más bonitas de Nueva York, si es que está pensando eso.

Bradley arrugó la nariz mientras el muy buitre chupaba los últimos restos de su cigarrillo.

—Tendrá que dejar lo de la boda. Purvis. Lo siento, pero no pensaba en piernas ahora. Pensaba en el juicio contra Familiare.

—¡Por mí, Familiare se puede ir al cuerno!

—De eso se trata, de que se vaya al cuerno por toda la eternidad. Hay una hermosa silla preparada para él en Sing Sing, pero sólo la ocupará si usted dice lo que sabe, Purvis. En estos momentos usted es el único defensor efectivo que puede tener la Ley. Si no cumple con su deber de ciudadanía. Steve Familiare continuará cometiendo crímenes.

—¿Y qué clase de deber de ciudadanía voy a cumplir yo desde el fondo de mi tumba, Bradley?

—Yo le explicaré lo que debe hacer.

—¿Qué? ¿Encerrarme en una celda hasta que se celebre el juicio? Es un truco demasiado gastado, Bradley. Encontrarían el modo de acabar conmigo.

—El juicio no se celebrará en Nueva York.

Abrí mucho la boca. Confieso que esa noticia me sorprendió, Era lo último que podía esperar yo en aquellos momentos.

—¿Que no se celebrará en Nueva York?... ¿Pues dónale?

—En Waterloo, Estado de Iowa.

—¿Por qué?

—Se ha buscado una argucia legal. Uno de los crímenes de que se acusa a Familiare lo cometió en Waterloo, aunque la víctima fuera hallada en Nueva York, y por tanto es competente el juez de aquella ciudad. Entre el fiscal del distrito y el juez que tenía que entendérselas con Familiare aquí, se ha decidido todo hace apenas una hora, cuando se ha sabido lo de la muerte de Zarko. Como ve trabajamos aprisa.

Yo tomé con mano insegura una cajetilla —había muchas de «Craven» y muchas de «Navy Cut», mezcladas—, extraje un cigarrillo y lo encendí sin dejar de mirar al teniente.

—No comprendo qué es lo que persiguen con eso, Bradley.

—Descongestionar la atención de los sicarios de Steve Familiare,

que ahora invaden Nueva York y que sin duda acabarían con usted, Purvis. El juicio empezará dentro de una semana y para entonces tiene que estar allí. Recuérdelo: Waterloo, Estado de Iowa.

—Que bonito, ¿no? ¿Y cómo voy?

—Viajará por sus propios medios.

—¿Pero... se ha vuelto loco?

—Todo lo contrario, Purvis. Por primera vez, frente a esos bastardos tenemos un auténtico plan. Si usted sale de aquí con nombre supuesto, en un automóvil de segunda mano, y sin llamar la atención de nadie, tiene grandes posibilidades de llegar a Waterloo con vida. Por supuesto, deberá cambiar de coche un par de veces durante el trayecto y hasta cambiar de aspecto también, por ejemplo dejándose el bigote y tiñéndose el cabello. No entrará en Waterloo hasta el mismo día de la celebración del juicio, momento a partir del cual le pondremos bajo nuestra custodia. Todo el tiempo que no baya invertido en el viaje lo pasará oculto en una granja de las cercanías de la ciudad. Los sicarios de Familiare lo verán caer como una bomba.

—¿De veras cree que ese plan puede dar buen resultado, Bradley?

—Lo hemos meditado bien.

—¿Y si me siguen?

—No le seguirán, pero en el caso de que lo hicieran, estará también bajo nuestra protección.

—Ya sé lo que eso significa: que se preocuparán de recoger mi cadáver. Pero hay un detalle que no ha tenido en cuenta. Esos fulanos echarán en falta mi firma en las columnas del periódico.

—Ya he previsto eso también —dijo Bradley.

—¿Cómo? No puedo adelantar mi trabajo en la sección de sucesos para que se vaya publicando como si yo aún estuviera al pie del cañón. Ésas son cosas que se escriben al día.

—Otro las escribirá por usted.

—¡Hum! ¿Qué dice el director?

—El plan le ha parecido bien, puesto que después del juicio tendrá una magnífica exclusiva para los lectores. Incluso hemos pensado algo más, poniéndonos de acuerdo con el actor Tab Hunter.

—¿Qué han decidido? ¿Qué me lleve la corona?

—Usted le hará una interviú mientras esté fuera. Naturalmente

otro la escribirá imitando su estilo, pero lo que convencerá a sus perseguidores no será eso, sino ver la fotografía en que usted estará entrevistando a Hunter. Por supuesto, la foto será trucada. Les haremos por separado una a cada uno en dos extremos del mismo diván, y luego recortaremos y pegaremos las fotos como si se estuvieran mirando, obteniendo un negativo nuevo que será el que enviemos al periódico. De ese modo los de Familiare creerán que están aún en Nueva York cuando en realidad se hallará muy lejos. Créame, Purvis, y acepte nuestro plan. Es la única probabilidad que usted tiene de salir con vida de esto.

Yo hice un gesto y susurré:

—¿Cuándo debo partir?

—Mañana por la mañana. Saldrá de su casa como si fuera a ir al periódico y entrará con su automóvil en un taller de reparaciones que está junto al número 500 de Riverside Drive. El taller tiene dos puertas, por la segunda de las cuales saldrá conduciendo otro coche. En los lavabos deberá cambiar también su traje, dejándolo a un doble suyo que le proporcionaremos, y que será el que se lleve el primer coche a la Redacción. Ojalá le sigan, Purvis.

Yo me puse en pie.

—Hablaré con Mónica Bel —dije.

—¿Para qué?

—Para que vaya buscándose otro novio, ya que usted no puede buscarse otro testigo. Buenos días, teniente. En el cielo rezaré por usted.

Salí poco a poco del despacho.

CAPÍTULO III

Tuve que esperar a la noche para ver a Mónica Bel, porque ella había ido a descansar Hudson arriba con el resto de su compañía. ¿He dicho ya que Mónica es artista de variedades?

Como tantas otras, empezó con el baile clásico, soñando dejar un día así de pequeñita a Ludmila Techerina. Pero el baile clásico interesa poco a la gente, y por tanto no interesa a los empresarios casi absolutamente nada. Lo único que a un empresario se le ocurrió decirle a Mónica fue que tenía unas bonitas piernas y que por qué las malgastaba así. Mónica le arreó un bofetón, y el fulano le arreó a ella otro. En aquel momento entraba yo en el despacho por pura equivocación. Convertí en pulpa las narices del sujeto y me llevé a la chica, sin detenerme a pensar que una mujer es como un barril de dinamita. A las dos horas justas, Mónica y yo ya nos habíamos besado y nos habíamos jurado amor eterno. Desde entonces estaba ligado a ella, a pesar de que renunció a sus sueños de grandeza y se puso a trabajar, para ganarse la vida, en una de las pocas compañías decentes de variedades que recorrían el Este de los Estados Unidos.

No se lo reproché. Yo también había soñado ser, por lo menos, presidente del Congreso y era solamente un periodista más o menos brillante.

Por la noche fui al teatro y vi actuar a Mónica. Ella era la segunda figura de la Compañía, y tenía unas piernas así de bien hechas, así de bonitas y así de endiabladas. Cuando, después de la función, fui al camerino, ella se estaba cambiando para salir. Se ajustaba un portaligas cuando entré. Por poco me caigo.

Ella me sonrió, variando de postura sólo muy ligeramente.

—Hola, Ted.

—He estado deseando hablarte durante todo el día. Oye, no sigas así o te juro que me mareo.

Dejó caer la falda.

—¿Qué pasa. Ted?

Mónica tenía los cabellos color castaño claro, los labios rojos y gruesos, los ojos negros, las facciones pequeñas y las caderas ondulantes y grandes. Cuando caminaba, aquellas caderas daban la sensación de un oleaje poderoso, turbador. Yo estaba soñando por lo menos diez veces al día casarme con ella para que se retirase de las variedades.

Como la miraba sin responder, ella preguntó de nuevo:

—¿Qué pasa. Ted?

—Han matado a Zarko.

—¿Zarko no era... el otro testigo?

—Sí —dije con los labios apretados.

—Y ahora..., ¿qué va a suceder?

—El juicio contra Steve Familiare no tendrá lugar aquí, sino en Waterloo, Estado de Iowa. He de ir allí bajo nombre supuesto y desorientando todo lo posible a quienes me sigan. Te explicaré.

A grandes rasgos, y en voz baja para que nadie pudiera oírnos, si alguien estaba detrás de la puerta, le detallé el plan del teniente Bradley. Noté que sus ojos se oscurecían mientras yo iba hablando.

—¿Qué te parece? —pregunté al fin.

—Peligroso. ¿Qué sucederá si llegan a descubrir el plan y te acorralan en una carretera solitaria?

Me encogí de hombros e hice un gesto con el índice, pasándomelo por el cuello como si me lo cortara.

—¿No puedes esquivar esa declaración contra Steve Familiare? Al fin y al cabo, ¿a ti qué te importa?

—Steve Familiare es un bicho, muchacha. Ha matado a muchos hombres y ha corrompido a muchas mujeres como tú. Desde la violación hasta el asesinato no hay delito que no haya cometido. Si yo no testifico contra él, saldrá absuelto y continuará su cadena de crímenes. Todos los asesinatos de este país se han amparado casi siempre en la cobardía de los jurados y de los testigos, Mónica. Yo no quiero ser de éstos.

—Pero puede costarte la vida...

—También es posible que eso signifique un salto fenomenal en

mi carrera. El riesgo vale la pena.

—Ted, tengo miedo... Ya me parece estar viendo las cintas de tu corona funeraria: «Ted Purvis, repórter de sucesos. Muerto por idiota...»

Antes me dejarás que te bese. Mónica.

La estreché en mis brazos. Mónica era una cosa dulce, suave, poética..., pero llena de curras por todas partes, caramba. Hubiera estado besándola hasta el día del juicio contra Familiaré si en aquel momento no llegan a golpear en la puerta.

—Señorita Bel, tenga la bondad de ir al escenario. El director quiere hablarles de los ensayos para el próximo estreno.

—Es el avisador —dijo Mónica desligándose suavemente de mi abrazo—. Tengo que ir. ¿Vas a esperarme aquí?

—Prefiero estarte viendo por entre bastidores. Si el director quiere darle un mordisco, lo lamentaré por él.

—Tiene todos los dientes postizos.

—¿Cómo lo sabes...?

Ella sonrió, haciendo un mohín, y abrió la puerta. Yo salí con ella. Toda la compañía estaba reunida en el gran escenario del teatro vacío. Las luces semiapagadas daban una apariencia fantasmal al ambiente.

Creí que sería cosa de cinco minutos, pero por lo visto el director no tenía prisa y el sermón iba para largo. Que si al público no le gustaba lo que hacían, que si había que moverse así y así... Además, fijándome en el director me di cuenta de que el muy vampiro era afeminado, de modo que en cuanto a Mónica me tranquilicé inmediatamente, allí. Y al abrir la puerta vi a Mónica.

Y al abrir la puerta vi a Mónica.

¡Mónica, que estaba besando a un hombre!

Hice un gesto perplejidad y entonces los dos se volvieron hacia mí. El fulano tenía una cara deportiva y morena, cara de pasarse el día en una cancha de tenis sin dar golpe jamás. Iba bien vestido, y tenía toda la apariencia de los jóvenes calaveras de buena familia que se dedican a hacer músculo y perseguir a las coristas de las compañías teatrales. Apenas se hubo vuelto hacia mí gruñó:

—¿Qué se ha creído?...

Movió el puño derecho, pero tenía menos técnica que un patán. Esquivé fácilmente su golpe, le clavé un corto al estómago y luego

un gancho a la mandíbula. El fulano cayó hacia atrás, con las piernas abiertas, quedando sentado en una butaquita que por poco rompió. Pero los golpes habían sido más de efecto que de castigo, y el elegante tipo no estaba acabado, ni mucho menos.

Pero ya no se levantó.

No se levantó porque vio la cara de asombro con que yo contemplaba a la mujer que él había estado besando poco antes. Comprendo que en aquel momento yo debía tener la cara de un absoluto idiota.

En voz muy baja pregunté:

—Stella..., ¿por qué has vuelto? ¿Cómo es posible que se te haya ocurrido volver?

CAPÍTULO IV

Stella era igual, exactamente igual que Mónica. La tigresa había procurado tener incluso un vestido idéntico, los mismos zapatos, medias de la misma marca y la misma tonalidad, un *rouge* igual para los labios, un peinado hecho por el mismo peluquero... Todo era igual. Nunca en el mundo dos hermanas gemelas se habían parecido tanto. Me llevé una mano a los ojos, como aturdido, mientras repetía:

—¿Por qué te has atrevido a volver?

La memoria me trasladó a una fecha aún no muy lejana —dos años atrás— cuando Mónica tuvo su primer papel en una compañía de variedades. Fue gracias a su hermana gemela, que conocía ya íntimamente a la mitad de los empresarios del país. Las dos realizaban un número cómico, apareciendo y desapareciendo en el armario de una habitación de soltero, entre las risas desternillantes del público. Luego Stella fue detenida por tráfico de drogas, y aunque en seguida fue puesta en libertad la pareja se deshizo. Casi inmediatamente después, a Stella se la detuvo por chantaje y robo. Logró ser puesta en libertad nuevamente, pero una tercera acusación —esta vez por desvergonzada complicidad en trata de blancas— hizo que fuera expulsada del país. Confieso que desde entonces yo había respirado tranquilo. Nadie puede imaginarse lo que cuesta recorrer todos los periódicos de Nueva York pidiendo personalmente a los compañeros de sucesos y tribunales que no mencionen en sus columnas a una determinada persona.

Y ahora...

—¿Estás loca, Stella? —repetí—. ¿No sabes que por entrada ilegal en el país te pueden condenar a diez años de cárcel?

Sonrió encantadoramente, y yo me dije que iba a volverme loco.

Se parecía a Mónica hasta en la luz misteriosa de sus ojos.

—No he entrado ilegalmente, cariño —musitó—. Richard, este excelente amigo, es hijo de uno de los magistrados del Supremo. Mi sentencia de expulsión del país ha sido revisada.

—En tal caso, si tuvieras un poco de vergüenza no te hubieses atrevido a ponerte en contacto con Mónica.

El fulano llamado Richard se puso en pie.

—Oiga usted, so calcetines rotos...

—Siéntese o termino de afeitarte en seco. A mí no me da miedo su padre, y mucho menos su madre, ¿entendido?

Aquel lenguaje de arrabal tuvo la virtud de amansar al pajarito, que a partir de aquel momento no quiso picotearme más. Permaneció en silencio, y un poco asombrado, mientras yo hablaba con Stella.

—¿Por qué te has vestido igual que Mónica?

—Es la costumbre. Desde que hicimos aquel número cómico estamos habituadas a vestir exactamente igual.

—Has tenido que espiarla para ir incluso al mismo peluquero. ¿Por qué?

—Cariño...

—Tú no has querido nunca a tu hermana. Si estás aquí es porque piensas explotarla con algún fin innoble. ¿Por qué?

—¿Es que tienes una hermana gemela? —preguntó Richard.

—¡Sí! —aullé.

El pajarito volvió a callar.

—Quiero pedirle a Mónica que volvamos a trabajar juntas —musitó, mirándome de una manera dulce—. Compréndelo, ella se ha situado bastante y yo no he hecho más que bajar. Aquel número que interpretábamos tenía mucho éxito, y hay gente que lo recuerda aún. Si ella quisiera ayudarme yo podría rehacer mi vida.

A mí siempre me han conmovido las personas que quieren empezar de nuevo. Me ablandan, me dan ganas de llorar. Pero con una mujer como Stella prefería mantenerme duro.

—Sabes de sobra que Mónica es más blanda que un merengue y te ayudará —dije sombríamente.

—Y estoy en plena forma... ¿Ves? No hay ninguna diferencia apreciable entre ella y yo. ¿Quieres acercarte, Ted?

Me acerqué como un palomo pensando que quería enseñarme

algo. Pero la lagarta cuando me tuvo cerca, me besó suavemente en los labios ante la pasividad de Richard. Demonios, soy capaz de jurar ante los tribunales que entre su forma de besar y la de Mónica no había ninguna diferencia.

Como para volverse loco.

—No seas imbécil —dije reaccionando—, ni compliques la vida a tu hermana, por lo menos esta noche. Mañana ya tendrás ocasión de hablar con ella.

Tomé el bolso de Mónica, para que ella no tuviera que volver al camerino, y salí, después de decir a Richard:

—Siento lo del afeitado, muchacho. Si quiere, le recomendaré un masaje con mucho mentol.

Marché del camerino y saqué a la sorprendida Mónica desde el escenario a la calle. No le dije nada, y ella atribuyó mi nerviosismo a Ja especial situación en que me encontraba. Tomamos un taxi y la acompañé a su pensión. Cuando nos besamos para despedirnos, en la oscuridad del vehículo, pensé desesperadamente que sus besos eran iguales a los de Stella. Hasta algo así como un suavísimo deje a tabaco que tenía el aliento de las dos, era el mismo. Fumaban la misma marca.

Aquella noche no pude dormir.

A la mañana siguiente lo primero que se me ocurrió pensar fue que Stella era la enviada especial de Steve Familiare para enviarme al otro barrio.

Y a pesar de que Stella me hubiera proporcionado un viaje entre músicas en

hi-fi,

exhibiciones de piernas, tabaco caro y manchas de *rouge* en los bordes de los vasos de licor, no pude evitar un estremecimiento.

Porque si Stella se había propuesto liquidarme, hiciera lo que hiciese me liquidaría.

Me duché y afeité cuidadosamente, poniéndome guapo para la gran aventura. Fui al taller de reparaciones para sacar el «Cadillac», y vi que estaba reluciente y limpio. Era un modelo de cuatro años atrás y por lo tanto tipo mastodonte, sin la gracia de los modelos actuales, pero hacía las ciento sesenta millas por hora sin ningún esfuerzo, era cómodo y sus mil metales cromados brillaban al sol limpio de la mañana.

Pagué y salí, dirigiéndome a poca velocidad hacia el taller de reparaciones que me habían señalado, en Riverside Drive.

Había acordado despedirme allí de Mónica, mientras me hacían el cambiazó en el coche. Entré, puse el «Cadillac» en una de las plataformas de engrase y en seguida vino a verme un fulano con un mono muy limpio. Tenía pinta de encargado, pero más aún de policía con disfraz. Resultó ser esto último.

—Hola, Ted Purvis.

—¿Le envía el teniente Bradley?

—Sí.

A pesar de que en el taller de reparaciones había muy poca gente, no me sentía tranquilo.

—¿Todo está dispuesto? —pregunté.

—Todo. Dese una vuelta por el taller, como el que examina los coches en reparación, y fíjese en aquel «Alfa Romeo, 2000, *Sprint*». Es el suyo.

—¿Un coche europeo? Pero eso llamará demasiado la atención en la carretera...

—Nadie sabrá que lo lleva usted. Además, en las autopistas donde no exista límite de velocidad, va a dejar atrás a cualquiera que le persiga. También es importante que el coche llame un poco la atención, para que sus perseguidores, si los hay, se obsesionen con él. No olvide que deberá cambiarlo por lo menos dos veces en su trayecto de aquí a Waterloo.

—¿A qué nombre va el coche?

—Al de Tyrone Giant. Ese mismo nombre es el que figura en la documentación que va a encontrar en su traje. Vaya cuanto antes a los lavabos de hombres y allí encontrará a su doble. Cámbiese.

—De acuerdo.

La conversación había sido sostenida en voz baja, mientras examinábamos las partes inferiores del «Cadillac», que ya había sido elevado para el engrase. El policía repiqueteó en la plancha e hizo varios gestos como un experto mecánico. Cualquiera que nos estuviese examinando a distancia no habría podido sospechar lo más mínimo.

Me alejé hacia los lavabos masculinos, que estaban al fondo del taller de reparaciones y seguramente tenían también dos puertas.

Entré en ellos. Se componían de un espacioso vestíbulo con tres

pilas de lavabo. Al fondo había otras tres puertas, todas cerradas, correspondiendo a otras tantas cabinas.

Vi en seguida a mi doble, que tenía las manos bajo un chorro de agua fingiendo lavárselas.

La verdad es que, visto de frente, sólo se parecía a mí de una manera aproximada, pero puesto al volante del coche y lanzado éste a una buena velocidad, iba a dar el pego a cualquiera. En cuanto se pusiese mi traje, los sicarios de Steve Familiare iban a pasar por el coladero.

El me miró. Llevaba un traje de tergal gris muy apto para viaje.

—Me llamo Johnson —dijo— y soy sargento de la Metropolitana. Tenía usted que haber llegado aquí hace un buen rato.

—Lo siento. Su compañero me entretuvo.

—Vamos a cambiarnos cuanto antes. Entraremos los dos en una de esas cabinas, si no le importa.

—Cuando quiera.

Elegimos la primera, al azar. Fui yo quien empujó la puerta.

Y fui yo también quien quedó petrificado en el umbral, mientras lanzaba un grito de agonía.

Porque Mónica estaba allí.

Muerta.

Colgaba de una cuerda.

CAPÍTULO V

Recuerdo que lo primero que vi al entrar fueron sus piernas, que se balanceaban a la altura de mis ojos. En realidad casi tropecé con la costura de sus medias, y el tacón de uno de sus zapatos llegó casi a rozarme. Pero no lancé el grito hasta mirar arriba.

Ella tenía las facciones amoratadas, a pesar de que debía haber muerto muy poco antes. El lazo había sido apretado con toda crueldad, y la posición casi grotesca de la cabeza me indicó que la muchacha tenía la nuca rota. No quise mirar la lengua, que sobresalía por entre los labios. No quise mirar nada más.

Tuve que apoyarme en una de las paredes, mientras Johnson pasaba delante de mí.

El había recobrado la serenidad antes, pero aun así tenía tal mueca de rabia impresa en el rostro que incluso de entre sus labios surgía una espuma blanca.

—Apártese —masculló.

De un salto subió al aparato sanitario, y con una navaja cortó la cuerda de la que colgaba Mónica, y que estaba sujeta al gancho de la lámpara. El cuerpo cayó blandamente junto a mí. El hecho de que Mónica hubiese muerto me volvía loco, pero sentí que el que hubiese muerto en un lugar como aquél iba a convertirme en un perro hambriento, en un vengador, en un asesino.

Miré a Johnson, intentando recapacitar.

—¿Desde cuándo estaba aquí? —mascullé.

—Hace diez minutos.

—¿No ha visto entrar a nadie?

—¿Se refiere a alguien que hubiera podido asesinar a esta mujer? ¿Cree que estoy loco? ¿Iban a haberla ahorcado delante de mis narices?

—¡Alguien tiene que haberlo hecho!

—Por descontado que sí, aunque también existe la posibilidad de que se haya ahorcado ella.

—Ella no... —dije con voz ronca—. Ella no ha podido suicidarse porque era incapaz de una cosa así.

—¿La conocía?

—Se llamaba Mónica Bel. Íbamos a casarnos.

Johnson tragó saliva y por unos instantes no supo qué contestar.

—Además —dije—, mire.

Señalé unas pequeñas moraduras que había junio a la nuca del cadáver. Sin duda alguien la había golpeado antes de ahorcarla, para que no hiciese demasiado ruido. Era absolutamente imposible que aquellos golpes se los hubiera propinado ella misma, de modo que la idea del suicidio estaba completamente desechada.



—No ha entrado absolutamente nadie —repitió Johnson—. En los diez minutos que llevo aquí, no he visto absolutamente a nadie.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció el policía vestido de mecánico.

—¿Qué ocurre? ¿Todavía no han empezado a cambiarse?

Su llegada, en cierto modo, me tranquilizó, porque eso indicaba

que conocía a Johnson, y éste, por tanto, no podía ser un farsante que hubiera asesinado a Mónica, esperando la ocasión favorable para liquidarme a mí también. Pero volvió a hundirme la expresión de horror del policía.

—¿Quién...? —balbució.

—A esa pregunta tiene que contestarme usted —dije—. A la chica la han matado hace más de diez minutos y menos de veinte. ¿Desde cuándo estaba usted ocupando su puesto?

—Desde... hace media hora.

—¿Quién ha entrado?

—Déjeme recordar... Es temprano, y en el taller todavía no hay apenas público. Los mecánicos no empiezan a lavarse hasta mediodía. Nadie absolutamente ha entrado en los lavabos, excepto ella misma.

—¿Ella? ¿La ha visto?

—Sí. Traía un pequeño coche color caramelo, muy usado, que seguramente acababa de alquilar. Ha dicho que llenaran el tanque de gasolina y que examinaran el engrase de una rueda, porque «cantaba». Mientras, ella ha entrado aquí. He querido decirle que se equivocaba, pero ya no ha habido tiempo.

—¿La ha visto volver a salir?

—Sin duda ha salido, porque luego la he visto volver a entrar.

Sentí que unas gotitas de sudor helado se formaban en mi frente, y la rabia me cortó incluso la respiración.

El policía no había visto entrar de nuevo a Mónica, sino a su hermana gemela.

Ahora ya sabía yo quién era el asesino, y el nombre me quemaba en la garganta, en los labios.

Stella. Stella Bel.

De pronto los acontecimientos se precipitaron, y todos tuvimos la sensación de estar viviendo una pesadilla.

Porque en aquel momento se abrió la puerta del recinto, y Stella, exactamente vestida como su hermana gemela, entró allí.

Yo quedé blanco, pálido, con las facciones desencajas. Mi aspecto debía ser el de un muerto.

—¿Cómo te atreves?... —farfullé.

Ella gritó:

—Ted...

—¿Qué Ted ni qué infiernos? ¿Es que quieres que te mate yo mismo como a una perra sarnosa?

—¡Ted! ¡Yo soy Mónica!

Castañetearon mis dientes, y sentí que una cosa subía y bajaba dentro de mi cráneo. Tuve que reunir todas mis fuerzas para no caer. No sé hasta qué punto puede darse cuenta nadie de lo horribles que habían sido mis impresiones. Sobre todo cuando oí a Johnson decir:

—¿Es que... son gemelas?

—Sí.

—No lo entiendo...

—Yo sí que lo entiendo. La muerta se llama Mónica Bel. Y esa otra, su asesino, es Stella Bel, su hermana gemela.

—¡Te repito que soy Mónica! —gimió ella—. ¿Tan loco estás para no comprenderlo? ¡Soy Mónica! ¡Mónica!

Fui a lanzarme sobre ella, sin poderme contener, pero el policía vestido de mecánico me detuvo con un gesto.

—Un momento.

—¿Qué pasa ahora? —bramé.

—¿Cómo puede asegurar que tina es Mónica y la otra es Stella? Jamás he visto dos gemelas que fuesen tan parecidas. ¡Y van vestidas exactamente igual! ¡Infiernos! ¡Hasta las puntillas de la ropa interior que asoman por debajo de la falda son idénticas!

—A Stella Bel eso no le cuesta trabajo —farfullé—. Durante una larga temporada, hicieron un número de dobles con su hermana. Se acostumbraron a ir al mismo peluquero, a usar la misma ropa, haciéndose incluso los trajes duplicados, a usar la misma marca de *rouge* y a fumar incluso el mismo tabaco. No, amigos, para Stella esa semejanza absoluta no es ninguna dificultad. Pero en cambio hay un detalle.

—¿Cuál? —preguntó Johnson ávidamente.

—Ambas hermanas son artistas de variedades —dije—, y a causa de su profesión yo he visto sus piernas muchas veces. Cuando era niña, Mónica se quemó en un muslo, y la señal se conservaba aún, aunque había que fijarse bastante en ella. Claro que, yendo vestidas de calle, eso no servía, pero en el escenario la marquita las identificaba. Al entrar aquí, he visto en seguida la señal de la vieja quemadura en uno de los muslos de la muerta. Siento que tengan

que fijarse en este detalle, pero es necesario. Miren.

Como el cadáver estaba en una postura muy poco cuidada, no hacía falta mirar mucho para fijarse en aquel detalle. Allí donde terminaba la media de la pierna derecha, justo al lado de una de las tiras del portaligas, se apreciaba la marca azulada de una vieja quemadura. La señal era pequeña, pero perceptible.

Fue Johnson el que masculló:

—Dios mío, no hay duda...

—Ted —susurró la otra—, no me obligues a hacer algo que no me gusta.

—¿Y qué es lo que no te gusta a ti, Stella?

—¡No me llames Stella! ¡Soy Mónica!

—¿Y qué es lo que no te gusta a ti, Stella? —repetí, conteniendo a duras penas mis ansias de golpearla.

—Tener que enseñar mis piernas a unos desconocidos.

—¿Tus piernas? ¿Por qué?

Sin responder, ella se levantó en parte la falda y nos mostró exactamente la misma zona que habíamos observado en la muerta. Claro que ella estaba viva, y aquella visión tuvo mucho de vibrante, casi de enloquecedora. Pero nuestros ojos fueron hasta la manchita de la quemadura sin reparar en nada más.

El policía vestido de mecánico dijo:

—Son idénticas...

—¿Qué idénticas ni qué niño muerto? ¡Seguro que ella se ha quemado esta misma mañana!

Johnson se acercó diciendo:

—Perdóneme.

Examinó la quemadura sin tocarla, mientras la mujer apretaba los labios y trataba de mirar a otra parte. Yo sabía que aunque Johnson, sargento de la Metropolitana, no era forense, podía confiar en su ojo profesional acostumbrado a examinar durante años lesiones de todas clases. Por eso quedé petrificado cuando dijo:

—La quemadura no es reciente, amigo.

—¡Claro que no! —salté, reaccionando—. ¡Pudo habérsela causado hace meses! ¡Tal vez haga un año que está preparando esto!

Vi lágrimas en los ojos de la mujer, pero eso no hizo sino aumentar mi odio salvaje hacia ella.

—¡Ted! —gimió—. ¡Ted! ¡Soy Mónica, te juro que soy Mónica!

El policía vestido de mecánico dijo, mientras sacaba una pistola chata de uno de sus bolsillos:

—Eso lo aclararemos más adelante, por medio de las huellas dactilares. De momento queda detenida como sospechosa de asesinato en primer grado. Sargento, revise ese bolso que hay junto al cadáver.

—No hace falta —susurré—. Anoche mismo lo retiré yo de su camerino. Es el de Mónica.

De todos modos Johnson cumplió la orden. Había allí dentro objetos que yo conocía. Y una tarjeta de identidad y un permiso de conducción extendidos a nombre de Mónica Bel.

—Parece que no hay duda —gruñó el policía de más graduación—. Voy a llevarme a esta mujer, sargento, y a impedir que alguien pueda entrar aquí. Usted cambie sus ropas con las de Ted Purvis.

—¿Pero... es que creen que voy a marcharme así? —mascullé—. ¿Por quién me han tomado?

—Le hemos tomado por un ciudadano responsable, Purvis —dijo el sargento—. Tiene usted una misión que cumplir y la cumplirá. Si de una forma u otra la muerte de su prometida está relacionada con el asunto de Steve Familiare, eso debe darle nuevas fuerzas. Quedándose aquí nada conseguirá. En cambio, en sus manos tiene la posibilidad de vengarla.

El pequeño discursito me convenció en parte, pero además no me dejaron tiempo para pensar. Johnson me metió en otra cabina y empezó, como aquel que dice, a desnudarme, mientras el otro policía se llevaba a Stella medio a rastras. Yo comprendí que, en aquellas circunstancias, no me quedaba más remedio que obedecer.

Cinco minutos después yo estaba vestido con el traje de tergal gris, y Johnson con el mío. El sargento me entregó, además, un revólver chato con la dotación completa.

—Suerte —dijo—. Salga por aquella puertecita.

No sé cómo, me encontré al volante del «Alfa Romeo» y haciendo girar las llaves de contacto. La cabeza me dolía como si me la estuviesen cortando con una sierra.

Conduje como un borracho.

CAPÍTULO VI

La aventura había comenzado.

Tenía que llegar desde Nueva York a Waterloo, en Iowa, a través de casi mil quinientos kilómetros, sin ninguna clase de protección visible y sabiendo que los hombres de Steve Familiare seguirían mi pista como lobos en cuanto se dieran cuenta de la trampa.

Pero no era eso lo peor.

Lo terrible era tener que empezar aquella aventura sabiendo que Mónica estaba muerta, que la habían colgado peor que a un asesino, con un podrido trozo de cuerda.

Mientras conducía, después de salir de Nueva York, intenté pensar con un principio de calma.

Contaba con un coche inmejorable, con la sorpresa y tal vez con una cierta protección de la policía. Nada más. Mis perseguidores contaban, en cambio, con algo mucho más importante, que era el anonimato. Cualquier hombre o mujer que me encontrase en el camino, cualquier servidor de un hotel, incluso el empleado de una gasolinera, podía ser un sicario de Familiare. Pensé, con una especie de rencor, que Bradley había sido un estúpido al darme solo un revólver con seis balas. ¿Qué iba a hacer en cuanto las gastase? ¿Entregarme en manos de mis asesinos como un cordero? ¿Dónde iba a adquirir balas si ni siquiera me habían entregado la correspondiente licencia?

Asaltado por una repentina idea, busqué entonces en la guantera del coche. No había nada allí, pero sí en la documentación. Encontré una licencia de armas a nombre de Tyrone Grant, que era también, nominalmente, el propietario de aquel coche. Respiré aliviado porque eso me permitiría comprar balas, en el caso de que rae dieran tiempo para ello.

Acababa de dejar atrás Jersey City. Me detuve unos momentos en Orange, ante una gasolinera, para llenar lo que faltaba del tanque y comprar dos latas llenas de combustible, las cuales coloqué en el portaequipajes. No se me ocultaba que una de las peores cosas que podían ocurrirme sería quedarme sin gasolina en cualquier tramo solitario de la carretera. En aquellas circunstancias el coche era para mí tan importante como mis piernas.

Aproveché para tomar un *bourbon* doble, confiando reanimarme un poco. Al regresar, el coche estaba ya dispuesto.

—Tiene un buen cacharro —dijo el empleado de la gasolinera mientras me cobraba—. Se ven pocos de esta marca por aquí.

—Sí, claro.

—La lástima es que no podrá sacarle todo el provecho. En la mayor parte de estas carreteras hay límite de velocidad.

—¿Pueden venderme un mapa?

—Desde luego.

Me trajo un plano de carreteras de todo el Estado de New jersey. Pensando que yo era un tipo de esos que quieren poner su coche a prueba, me explicó:

—Encontrará límite de velocidad hasta Morristown, si es que sigue por la misma ruta. Desde allí a Washington no hay tope. Si no hay averías, puede atravesar la frontera del Estado en pocas horas, y con este coche no es fácil que tenga ningún fallo.

—Gracias.

Pagué y volví a rodar. El *bourbon* doble me había producido un efecto reconfortante aunque sin anular la terrible amargura que sentía dentro de mí mismo. Me parecía vivir un sueño, una maldita pesadilla, y lo extraño era que no me hubiese pegado un tortazo mortal al salir de Nueva York. Ahora poco a poco, haciendo un gran esfuerzo sobre mí mismo, iba serenándome. Incluso podía darme cuenta de que el coche se me desmandaba con excesiva velocidad. Dos veces los patrulleros de la policía me siguieron con mirada recelosa, pero sin detenerme.

Llegué a Morristown en un tiempo que me pareció increíblemente largo. Allí la carretera era ya de seis direcciones y desaparecía el límite de velocidad.

Hice que el cuentakilómetros del «Alfa Romeo» marcara los ciento cuarenta y no saqué la aguja de allí hasta llegar a

Washington, pequeña ciudad que nada tiene que ver con la capital de los Estados Unidos y que se encuentra situada al noroeste del Estado de New Jersey. Hasta allí, en cambio, tuve la sensación de haber llegado en un tiempo increíblemente corto.

Había pasado ya la hora de la comida, pero yo no sentía apetito. No obstante comprendí que debía tomar algo o, en un instante de vacilación, yendo a aquella velocidad, podía perder los mandos del coche y estrellarme sin remedio.

Busqué con los ojos un parador en la margen derecha de la carretera, pero no fue eso lo que encontré, sino algo muy distinto.

Ella hacía *auto-stop*.

Vestía de luto de la cabeza a los pies: pañuelo negro al cuello, ceñido vestido negro, medias y zapatos negros de altísimo tacón. La única nota de color era su cabellera, pelirroja como una llama. Tenía unas líneas incitantes y agresivas, tan poderosas como las de una tigresa. Aun a distancia se advertía la curva suave y prieta de sus pantorrillas, la turgencia de su seno que subía y bajaba poderosamente. Allí, detenida al borde de la carretera, era como un monumento levantado a todo lo que el amor tiene de salvaje. Verla causaba una crispación.

Yo sabía que era una locura detenerme en la carretera ante cualquier persona desconocida, pero en esta ocasión no reflexioné. Me encontré aplicando el pie derecho al freno antes de haber tenido tiempo para preguntarme qué era lo que ocurría.

Pero cualquiera hubiese hecho lo mismo.

¿Quién no sabe lo que es una mujer de unos veintidós años, alta, pelirroja, que no está delgadita, y a la que además el luto le sienta estupendamente bien?

Abrí la portezuela y ella se acercó con un ágil taconeo sobre el macadam de la carretera.

Dijo:

—Gracias.

Se sentó a mi lado, pero no es fácil entrar en uno de los bajitos «Alfa Horneo» de deporte. Para hacerlo tuvo que descuidar su falda, que al alzarse me permitió ver la línea enloquecedora en que terminaba la media. Dilaté los ojos instintivamente, pero en seguida recordé a Mónica, cuyo cadáver estaría en estos momentos en la Morgue. Tuve como una crispación y quedé quieto ante el volante.

Ella repitió:

—Gracias.

—¿Adónde va?

—Pretendo llegar hasta Pittsburgh, en el Estado de Pensilvania. ¿Sigue usted esa misma dirección?

—Parece que lo haya adivinado.

—Entonces va a hacerme un gran favor. Los domingos está abarrotada esta carretera, pero hoy no pasaba nadie. Empezaba a estar desesperada, ¿sabe? Necesito llegar a Pittsburgh.

—No puedo llegar hasta allí en un lirón, aunque bien lo desearía. Tendré que detenerme en cualquier motel, y me creo en la obligación de advertirle que no seguiré siempre la carretera principal. Si quiere puede bajar ahora.

Ella sonrió. Tenía unos dientes regulares y limpios. Su sonrisa era sana e incitante, aunque no provocativa.

—En cuanto al motel, tengo dinero para pagar habitación —dijo con calma—. En cuanto a las carreteras secundarias, no le tengo miedo, señor...

—Grant... Tyrone Grant —dije, tras un leve esfuerzo de memoria para recordar mi nombre falso.

Ella se arregló la falda. Desaparecieron las rodillas, las visiones enloquecedoras y todo lo demás.

Arranqué y rodamos unos minutos en silencio. Ella me miraba a intervalos, y yo la miraba a ella pensando si era posible que se tratase de alguien enviado por Steve Familiare. Pero eso no me parecía probable. Los granujas a los que tenía que desenmascarar no debían haberse dado cuenta aún de mi marcha. Probablemente no sabían aún que el juicio contra su jefe iba a celebrarse en Waterloo, ciudad a la que la mayoría de ellos no habrían oído nombrar siquiera. Yo creía disponer al menos de las primeras veinticuatro horas, y por tanto lo normal era que aquella mujer no significase ningún peligro.

Caso de ser lo contrario lo habría lamentado por ella, ya que no me hubiera gustado tener que matar a una mujer tan bonita.

Ella sacó cigarrillos. Eran
«Pall-Mall».

—¿Quiere?

—Gracias. No me he dado cuenta hasta ahora de que no llevo

cigarrillos; me sentará bien fumar.

Consumimos nuestros cigarrillos en silencio mientras rodábamos por la carretera principal. A la derecha vi entonces una desviación, y tomé por ella, sabiendo que perdería unos kilómetros pero en cambio me permitiría desorientar a cualquier posible perseguidor.

Me sentía rendido, y al tener que encender las luces del coche me invadió un terrible desaliento. Visiones macabras parecían danzar ante mis ojos, en el parabrisas. Me di cuenta de que tenía que descansar y me dije que pararía ante cualquier motel que encontrase en la carretera secundaria. Siempre sería más seguro que pasar la noche junto a la carretera principal, donde me buscarían en primer lugar.

Por fin encontramos uno, sin haber cambiado una sola palabra.
Frené.

—¿Le parece bien éste? —preguntó ella.

Yo no contesté en el primer memento.

—¿Qué le pasa? —inquirió.

No me pasaba nada, pero no podía apartar mis ojos del emblema que había en el frontispicio del motel.

Una esfinge.

CAPÍTULO VII

Los moteles, o sea esos establecimientos situados en las carreteras donde uno puede alquilar un apartamento o una casita aislada sin que se le hagan preguntas, suelen ser muy frecuentados por los recién casados en luna de miel y por los jefes panzudos que se escapan con sus secretarias. Por eso casi todos tienen emblemas alegres, tales como una sirena, un par de tórtolos o una bolsa bien repleta de dólares.

Era el primero que encontraba teniendo como distintivo una esfinge.

Ella volvió a preguntar:

—¿Qué ocurre?

—Ese emblema...

—¿Te refieres a la esfinge? —dijo con toda naturalidad—. Es un distintivo como cualquier otro.

—Resulta... siniestro.

—Yo no diría tanto. La esfinge de Gizah tiene una gran belleza, aunque reconozco que no resulta alegre. ¿La has visto al natural alguna vez?

—No.

—Yo sí, porque mi padre era arqueólogo. Estuvimos en Egipto unos cuantos años.

—También es casualidad...

Casualidad, ¿por qué?

—Encontrar junto a esta carretera secundaria un motel con una esfinge e ir junto a una mujer que lía estado en las pirámides.

—Eso no tiene nada: de raro. Millones de personas van cada año allí. Sobre todo los norteamericanos, porque da gusto viajar con dólares.

—De todos modos tampoco me gusta el motel —susurré, dejándome llevar por mis ideas siniestras—. Parece abandonado...

Desmintiendo aquellas palabras, un tipejo pequeño y encorvado salió por una de las puertas.

Yo lo vi acercarse sintiendo frío en la nuca. Era igual, exactamente igual que un fulano llamado Todd a quien un tren había partido en dos mitades cuatro semanas antes. Cuando yo entré en el depósito el cadáver estaba tan mal colocado que tenía los pies mirando hacia abajo y la cara hacia arriba. Producía un efecto tenebroso, y de aquí que yo lo recordase. Durante una noche entera, a pesar de mi experiencia, no había podido dormir. Y he aquí que ahora tenía un tipo exactamente igual delante de mis ojos.

Pensé llegar hasta otro motel, pero estaba tan cansado y deprimido que me hubiese puesto a dormir sobre el volante. Aquel sitio no me gustaba, pero al menos tenía una ventaja: que estaba allí, al alcance de mi mano.

El tipejo miró el coche a lo largo y a lo ancho.

—Buen trasto, ¿eh? Van a pasar la noche aquí, ¿no?

—Eso parece.

—Tengo un apartamento muy bueno y a distancia de los demás, que reservo para los matrimonios.

—No se moleste —me apresuré a decir con voz ronca—. La señorita y yo dormiremos separados.

—¿Ah, pero no?...

—No.

—Es una lástima —dijo, bizqueando los ojos.

Esos ojos se le pusieron en línea normal cuando la muchacha vestida de negro tuvo que bajar del coche y no pudo dedicar a su falda los cuidados que ésta merecía. Otra vez vi la línea enloquecedora en que terminaba la media, y el fulano la vio también. Luego me miró a mí con más expresión de pena que si yo ya estuviese muerto.

—Los hay imbéciles —me dijo con toda amabilidad— y usted merecería ser el campeón. ¿Quieren firmar en el libro registro?

—Con mucho gusto.

Penetramos en una oficina pequeña y sórdida, donde había un mostrador y un armario. Sobre el mostrador estaba el libro registro, que giré y puse al alcance de la muchacha.

—Toma. Así sabré cómo te llamas.

—Norma Russell. ¿Por qué no me lo has preguntado antes?

—Quizá porque dejas sin habla.

El tipejo gruñó:

—Ahora ya no me parece tan imbécil, amigo. ¡Siga por ese camino! Lo se lleva a la chica o se lleva un guantazo que le deja sin muelas, pero desde luego de vacío no se marcha.

No quisimos hacerle caso. Firmamos los dos (yo con cierta vacilación porque aún no me había acostumbrado a mi falso nombre) y luego el tipejo nos entregó dos llaves pringosas.

—Una para cada uno. ¡Hala! A encerrarse y a soñar con los angelitos. Paguen antes del sueño, por favor. Son cuatro dólares.

—¿Cada uno?

—No. Los dos.

El motel era barato, e invité a la chica, aunque ella protestó. Si llegaba vivo a Waterloo, el juez impondría a Steve Familiare todos los gastos del juicio, entre los cuales figuraban los que yo hubiese hecho para poder comparecer como testigo. Y si no llegaba vivo allí..., ¿qué más daba haber tirado unos dólares por la ventana?

Recordé entonces que no había probado bocado en todo el día.

—¿Podemos comer algo? —pregunté.

—Traen unos bocadillos envasados desde el pueblo próximo. Puedo servirles unos cuantos de jamón y unas cervezas frías.

—Bien, gracias. ¿Dónde?

—En la sala de espera. Serán cinco minutos.

Junto a recepción resultó haber una sala menos cochambrosa aunque aparecía vacía y triste. No tenía más que unas pequeñas ventanas que daban a la carretera, y eso me alegró porque me permitiría vigilar mientras comíamos. También me alegró que los bocadillos fueran envasados porque así aquel tipo que me recordaba al muerto no tendría que tocar nada con sus manos lívidas.

Norma parecía también muy cansada. Se sentó ante mí y cruzó las piernas. Le pregunté:

—¿A qué tienes que ir a Pittsburgh?

—Un hermano mío sufrió un accidente en los altos hornos. Esta grave y necesito verle.

—¿No has podido tomar el avión?

—Cuesta demasiado dinero. Quédé viuda hace apenas seis meses

y con la enfermedad de mi marido se me fue todo lo que tenía.

Sufrió una sacudida.

¡Diablos! ¡Viuda!

Siempre es una lata morir, pero lo es mucho más teniendo que dejar en los entremeses una mujer así. Dedicué un piadoso recuerdo al marido y desde ese momento intensifiqué mis esfuerzos para no mirar a la chica.

Muy poco después nos sirvieron los bocadillos. Estaban envueltos en grueso papel encerado, eran buenos y la cerveza estaba fría. Comí todo lo que pude porque comprendí que iba a necesitar mis energías. Una vez terminada la frugal cena, la pagué, invitando de nuevo a Norma, y salimos de allí. Era noche cerrada ya, y además había niebla. Una oscuridad gris nos envolvía como un sudario. Ver todo aquello daba escalofríos, uno no sabía bien por qué.

No había pasado por la carretera ningún coche desde nuestra llegada al motel.

—¿Puede acompañarnos hasta nuestros departamentos? — pregunté al hombrecillo.

—Desde luego.

—¿Quién más hay en el motel? Esto parece muy poco concurrido.

—Tres o cuatro viajeros, todos ellos hombres solos. Viajantes que hacen la ruta, ¿sabe?

—No he visto sus coches.

—Es que hay un garaje. Llevaré el suyo allí en cuanto se hayan retirado. ¿Están las llaves de contacto puestas?

—Sí, gracias.

En el tipejo aquél había algo triste, nebuloso, extraño. Parecía venir del Más Allá, o flotar sobre una nube negra, no sabría explicarlo. Claro que el motel también era triste y daba una rara sensación de abandono. Cuando salimos de allí, tanto Norma como yo nos sentimos sobrecogidos por la niebla. En aquel momento los faros de un coche rasgaron la oscuridad, y un vehículo largo, color rojo, se plantó ante nosotros con un suave ballesteo. A mí me pareció que era un «Rambler», pero no podía estar seguro a causa de la oscuridad. Lo único que pude precisar fue que lo conducía una mujer.

Ella se apeó.

Era una mujer joven, pero de facciones enérgicas, un tanto demasiado duras. Vestía un tres cuartos de pana negra y usaba guantes. Sus ojos nos miraron con un relampagueo.

—Espéreme un instante —rogó el hombrecillo— y la atenderé. Voy sólo a acompañar a estos clientes.

Ella no contestó.

Yo la estuve mirando con el rabillo del ojo hasta que doblamos la esquina del motel. De sobras conocía la costumbre de servirse de las mujeres que tenía un guarro como Steve Familiar. Aquella podía ser una mujer explotada a la que hubiera prometido dejar en paz cuando me eliminase del mundo de los vivos. Una mujer despierta menos sospechas y puede manejar el revólver con la misma precisión que un hombre. Quizá aquel coche rojo llegado tan repentinamente y aquella damisela significaban que Steve estaba ya tras mi pista.

Pero al doblar la esquina del motel mis preocupaciones desaparecieron de pronto.

Vimos la casa vieja.

La casa vieja era un edificio de piedra de dos pisos, en cuyos jardines estaba construido el motel. Ahora nos dábamos cuenta de eso. Las enredaderas cubrían sus muros, y las ventanas tenían los cristales emplomados. Bruscamente, sólo al verla, uno se sentía transportado a otro país y a otra época.

Sentí otra vez frío en la nuca.

—¿Qué casa es ésta? —susurré.

—Ahí vivimos nosotros —contestó el hombrecillo—. El motel es nuevo, como ya se habrán dado cuenta.

—¿Nosotros? ¿Quién más vive con usted?

No necesitó darme la respuesta, porque yo mismo lo vi a través de una de las ventanas.

Detrás de los cristales empolvados apareció un cuerpo encorvado, una silueta negra, siniestra, que se recortó unos instantes y desapareció de nuestra vista. El único detalle blanco que destacaba en la silueta negra eran los cabellos de la mujer, pues de una mujer se trataba. Tenía los cabellos tan limpios y blancos como si usara peluca.

—¿Quién es?... —musité con un soplo de voz.

El hombrecillo contestó sin mirarnos:

—Es mi mujer... ¡Qué raro que la hayan visto! Le falta muy poco para morir.

No sé si Norma y yo pensamos lo mismo, pero lo cierto fue que nos encontramos de pronto mirándonos a los ojos.

—Yo... —empezó a decir ella, con voz insegura.

Pero en aquel momento el hombrecillo señaló las puertas de dos departamentos contiguos. Las ventanas de esos dos departamentos daban precisamente a la casa.

—Aquí es.

Estuve a punto de decir que no pensaba quedarme a dormir allí, pero de pronto sentí vergüenza. Al fin y al cabo era a los sicarios de Steve Familiar a los que tenía que temer, pero no a sombras que se deslizaran tras las ventanas. Todo aquello eran tonterías.

—¿Qué le ocurre a su mujer? —pregunté—. ¿Por qué ha dicho eso de que le falta muy poco para morir?

—Está enferma.

—¿De qué?

—Un cáncer.

—¿Y puede pasear por su habitación?

—Sí, porque el cáncer es externo. Le ha devorado media nariz y parte de la cara. ¡Si la viesen! Yo procuro estar con ella lo menos posible, la verdad. Cuando entro en esa casa siento como un estremecimiento.

El que me estremecí fui yo.

Sentí lástima por aquel tipejo, y ni siquiera se me ocurrió pensar que sus palabras reflejaban un gran egoísmo. Lo que sí se me ocurrió pensar fue que no lograría pegar un ojo en toda la noche. A Norma le ocurría lo mismo, y me lo dijo apenas nos quedamos solos junto a nuestras puertas.

—No... me siento tranquila —susurró.

—¿Por qué? —Yo quería hacerme el desentendido, aunque creo que fingía muy mal.

—Esto me recuerda a una película de Hitchcock que vi hace tiempo. También allí había un motel y una vieja.

—Pero recuerde que en aquella película el dueño del motel era el que se disfrazaba de vieja, y que cuando veía uno no veía a la otra. Aquí los ha visto a los dos. No hay la menor relación entre una

cosa y otra. Además... Bueno, además vamos a estar juntos, y las paredes son de madera. Si hay algo que le llame la atención golpea con los nudillos.

—De acuerdo. Lo... haré.

—Buenas noches, Norma.

—Buenas noches, Tyrone...

Nos encerramos cada uno en nuestro apartamento. Éstos eran cómodos, y constaban de un dormitorio pequeño y un cuarto de aseo con ducha. También había un armario empotrado donde hubiera cabido un hombre, y eso fue lo primero que revisé. Luego cerré bien la ventana. Fue en ese momento cuando oí una ráfaga de viento y un repentino «tlac», «tlac» en el departamento contiguo.

—Norma... —llamé—. ¡Norma!

Desde el otro lado del tabique de madera su voz me contestó normalmente:

—¿Qué hay?

—¿Qué ha sido ese ruido?

—El viento que ha hecho mover los batientes de la ventana...

—¿Pero es que no la habías cerrado aún?

—No. No lo recordaba...

Sentí una bola en la garganta, y todos mis nervios se pusieron en tensión.

—¿Dónde has estado mientras la ventana permanecía abierta?

—En el baño. ¿Por qué?

—O sea que has dejado de mirar la ventana durante unos minutos. Revisa bien tu habitación incluido el armario, Norma. Ten serenidad, pero sobre todo, si encuentras algo que no te gusta, grita.

Ella no contestó. Conteniendo la respiración, dispuesto a saltar a la menor alarma, me mantuve pegado al tabique de madera durante unos minutos que se me hicieron interminables. Por fin oí de nuevo la voz de Norma.

—Todo está... en orden.

—Muy bien. ¿Has cerrado la ventana?

—Sí.

—No abras bajo ningún pretexto y recuerda que debes gritar o golpear el tabique si notas algo anormal. Buenas noches.

—Buenas... noches.

Yo me desvestí y fui a colocarme bajo la ducha, pero en ese

momento oí pasos que se acercaban. Reconocí los del dueño del motel y también el taconeo de una mujer. Luego unos cuchicheos y el abrirse y cerrarse de una puerta contigua.

De modo que la mujer que acababa de llegar en el «Rambler» era ahora nuestra vecina. De modo que, si había venido a por mí, me tenía apenas a dos pasos.

De tojos modos aquello no me importó. Si era un enemigo, cuanto más cerca mejor. Así podría vigilarlo.

Oí sus pasos ir y venir al otro lado del tabique, seguramente mientras preparaba sus cosas.

Yo terminé de desvestirme, tomé el revólver, comprobé su carga y lo dejé al alcance de mi mano, sobre el lavabo.

Luego me introduje bajo la ducha y abrí los grifos con un suspiro de satisfacción. La verdad es que necesitaba aquel chorro de agua fría, aquel impacto sobre mi piel. Pero no pude disfrutarlo apenas.

Porque en aquel momento empezaron a suceder cosas.

CAPÍTULO VIII

Primero fue el ruido de la puerta de la casa al abrirse y cerrarse. Debía ser muy gruesa, de madera maciza, y ese ruido lo oí perfectamente, como un disparo.

El rumor del agua no me dejaba escuchar bien. Cerré los grifos y me dispuse a secarme. Mientras lo hacía, estaba tan atento que hubiera podido oír fuera de la casa el zumbido de una mosca. Pero yo no escuchaba cualquier ruido, sino que estaba esperando precisamente un ruido muy concreto: ruido de madera al ser pisada.

En efecto, sobre las puertas del motel había un pequeño porche, cuyo suelo era de tablas. Éstas crujirían si alguien ponía los pies en ellas, por mucho cuidado que tuviese. Y para llegar hasta las puertas había que pisar primero las maderas; eso era seguro.

Durante dos minutos, tres, no oí nada.

¡Y luego las tablas crujieron!

Debía ser un peso leve, porque apenas se oyó nada. Pero luego el sonido se repitió. Alguien avanzaba. Avanzaba poco a poco, arrastrando los pies a unos centímetros escasos de las puertas.

Contuve la respiración. Sólo por el sonido podía calcular perfectamente la posición del que se acercaba. Noté que estaba ahora junto a la puerta de Norma.

Mis nervios se tensaron. Rocé el revólver.

El sonido pasó de largo.

Y entonces lo precisé. Era un taconeo suave, lento... ¡la que estaba al otro lado de las paredes era una mujer!

Empuñé el revólver al oír los pasos junto a mi puerta. Un cuerpo incluso la rozó mientras yo miraba hacia allí con las mandíbulas tensas, sintiendo unas gotitas de sudor en mis sienes. Luego pasó de largo.

La ventana...

La ventana estaba más allá de la puerta. Una cortinilla la cubría, pero un palmo aproximadamente del cristal superior quedaba al descubierto. Por encima del borde superior de esa cortinilla vi pasar los cabellos blancos.

Paralizado, atónito, estuve sin saber qué pensar casi un interminable minuto.

Y luego escuché a mi lado un espantoso grito de agonía.

CAPÍTULO IX

Fue como si de pronto me encontrara sumido en un: infierno donde todo, absolutamente todo era posible. Como si me encontrara envuelto en una pesadilla que no me dejaba pensar, ni moverme, ni respirar tan siquiera.

Los golpes frenéticos de Norma al otro lado del tabique de madera me hicieron reaccionar. La muchacha había oído el grito también y estaba aterrorizada. Como saliendo de un sueño, vi mi cuerpo musculoso y desnudo reflejándose en el espejo del lavabo. Vi también el revólver que sostenía en mi derecha como un objeto inservible.

Norma gritaba:

—¡Han matado a alguien! ¡Por Dios, contesta! ¡Contesta!...

Como no tenía nada mejor para cubrirme, tiré de la colcha y me envolví con ella, saliendo al exterior. Desde luego no estaba como para hacerme una fotografía, pero tampoco podía perder ni un minuto más. Entrecerré los ojos al ver que en el porche no había nadie.

La más absoluta soledad me rodeaba.

Vi entonces salir a Norma, que estaba pálida como una muerta. Hice un gesto y la ordené que no se moviese.

—Por Dios, Tyrone... ¿Qué ha ocurrido?

Lo de «Tyrone» no me sonaba, y fue como si no habíase conmigo. Pegándome a la pared, porque aún esperaba sorprender al asesino allí, me acerqué a la puerta del departamento contiguo y la empujé con el hombro. Estaba solo ajustada; cedió con un chirrido.

Mis párpados sufrieron una sacudida.

Dentro todo estaba en desorden, como si en cosa de pocos segundos hubiera pasado por allí un huracán, Los muebles volcados,

la pantalla sobre la cama, una pequeña maleta con todo su contenido despanzurrado por el suelo... Pero no fue eso lo que me llamó la atención, sino la mujer. La mujer estaba quieta en un rincón. Sentada en el suelo y con las espaldas apoyadas en un ángulo de las paredes, mirándome...

Sólo que no me veía.

Un lazo de seda le había ceñido el cuello, estrangulándola. El lazo, ceñido por un hábil nudo, aún estaba allí. La mujer tenía las facciones intensamente rojas, y la lengua asomaba ligeramente por entre sus labios. La impresión que causaba era horrible y grotesca a la vez.

Pero yo no me fijé en el lado grotesco, sino en el lado horrible.

Ella era joven aún y no tenía aspecto de muchacha débil, ni mucho menos. Más bien me había llamado la atención, cuando descendió del coche, por la energía de sus facciones. Era increíble que alguien hubiese podido matarla con aquélla, facilidad, apenas en un par de minutos. Pero no era ésa la única cosa increíble.

A juzgar por la perfección del estrangulamiento, la persona que había acabado con ella tenía que ser la misma que asesinó a Mónica en Riverside Drive, en Nueva York.

¿Pero quién podía ser? ¿Quién estaba en Nueva York y al mismo tiempo en el motel de la esfinge? ¡En el nombre del Cielo! ¿Ante qué clase de demonio me encontraba?

¿Qué clase de monstruo tenía los cabellos completamente blancos?

Pensando en esto, me volví poco a poco hacia la puerta y vi allí a Norma, estremecida de horror. Pero no estaba sola.

Dos individuos vestidos con traje de calle la acompañaban. Debían ser los otros huéspedes del motel, los viajeros de comercio de que habló el hombrecillo. Ambos eran jóvenes y tenían facciones enérgicas y rudas.

Uno de ellos gruñó:

—¿Qué ha ocurrido aquí?

—¿No lo ve? Han matado a esta mujer.

—¿Cómo?... ¡Pero si es imposible!

—¿Dónde estaban ustedes?

—¿Y usted?

No me ofendí ante su pregunta, porque las sospechas en aquel

caso eran perfectamente razonables.

—Yo ocupo el apartamento contiguo —dije—. Estaba en la ducha cuando oí el grito. No he encontrado cosa mejor para cubrirme que la colcha de mi propia cama.

—¿Y ese revólver?

—A esa pobre mujer no la han matado a tiros, sino que la han estrangulado —gruñí.

—Claro, tiene razón... —El hombre que había hablado se acercó, pasándose un momento la mano por los ojos—. Disculpe mi pregunta, pero esto es demasiado horrible para reflexionar. Me llamo Burt Flanagan y soy viajante de tejidos. Es la primera vez que hago esta ruta. ¡Menudo principio!

Miré también al otro individuo, pero éste no contaba para nada. Se había apoyado en una de las columnas del porche y contemplaba, dando boqueadas, la dantesca escena. Me di cuenta de que estaba a punto de devolver al mundo el pedazo de pastel que debieron darle cuando cumplió diez años. Volví la vista a otro sitio.

—¿Quién era esta mujer? —preguntó Burt Flanagan—. ¿La conocía? ¿Tiene alguna idea de por qué la han matado?

—No lo sé. No la había visto nunca... Mejor dicho, la he visto cuando llegaba al motel en su coche, me ha parecido que era un «Rambler» color rojo. Pero ésa era la primera vez.

En aquel momento apareció el hombrecillo que nos había atendido al llegar al motel. Venía enfadado, creyendo (o fingiendo creer) que habíamos armado una pelea entre todos. Pero al ver lo que había dentro del apartamento quedó pálido como un cirio.

—¿Qué... es esto?

—Ya lo ve —dije con un gruñido— han matado a su última cliente de esta noche. ¿Sabe cómo se llamaba? ¿A qué había venido aquí?

—Se llamaba... Lena Wanton. Dijo que iba a Chicago a incorporarse a un empico. En el libro registro, en el casillero de la profesión, puso: «Secretaria». No sé nada más.

Yo me acerqué un poco, examinando el contenido de la maleta, que sin duda la mujer estaba abriendo cuando fue sorprendida. Muchos objetos yacían esparcidos sobre el suelo, y otros por la cama. Me fijé en algo, y lentamente lo retiré tomándolo con dos dedos. Era un revólver «Colt» de gran calibre, con su tambor

completo, un cacharro parecido a una pieza de artillería, de esos que abren en el cuerpo boquetes por donde cabe una mano. ¿Para qué querría una secretaria un «frasco de perfumé» así?

Se lo arrojé al hombrecillo.

—Enséñelo a la policía cuando venga —dije—. Por lo demás, será mejor no tocar nada hasta que llegue la Patrulla de Caminos.

—No podré avisarles hasta mañana... —susurró el dueño del motel—. Nuestra línea está conectada a la centralita de la población más próxima, pero por las noches no hay telefonista. Si quieren puedo intentar ponerme en contacto con ella. Tal vez...

—Está bien, avise a la policía mañana —dije con suavidad—. Al fin y al cabo Lena Wanton ya está muerta, y no creo que su asesino vaya a irse muy lejos. Cierre este departamento con llave —añadí.

—Todos tenemos coche —dijo Burt Flanagan—. ¿No cree que será más prudente que uno de nosotros salga a la carretera hasta tropezar con un patrullero? Las cosas no pueden dejarse así...

—¿Salir uno de nosotros? —pregunté—. Cualquiera puede ser culpable. ¿Por qué razón uno va a escapar del motel?

—Yo no he querido decir eso... —musitó Flanagan, algo confuso.

—Tiene razón —dijo el otro, el que estaba fuera aguantándose las arcadas—. Todos somos sospechosos y, además, si ahora viene la policía y me interroga, me muero. Déjenlo para mañana, cuando amanezca.

El hombrecillo dueño del motel sacó una llave y cerró el departamento de la mujer asesinada. Luego todos nos dispersamos en silencio, mirándonos con expresión recelosa. En la puerta de mi cuarto, noté que alguien me detenía con suavidad. Era Norma.

—¿Por qué no has dejado avisar a la policía como fuese? —murmuró—. Tu actitud es absurda. Mañana las cosas van a ser mucho más complicadas que esta noche.

—Antes quiero hacer algo yo mismo.

¿Qué es lo que quieres hacer?

—Sé quién ha matado a esa mujer.

A pesar de la semioscuridad, noté que sus facciones se habían vuelto de un color terroso.

—¿Cómo...? —musitó.

—Es esa maldita mujer, esa bruja que tiene los cabellos blancos.

—¡Tyrone, estás loco!...

—No lo estoy, y pienso demostrarlo. Yo la he visto, en parte, mientras se dirigía al apartamento de esa muchacha. He oído también su taconeo suave, de zapatos pasados de moda. Voy a averiguar lo que hay, entrando más tarde en esa casa.

Ella se estremeció. Vi sus labios temblar en la penumbra.

—¿Pero qué dices? —jadeó.

—Quiero ver cara a cara a esa monstruosa vieja. Claro que es posible que necesite ayuda.

Ella me miró intensamente, temblando. Sus ojos estaban turbios.

—¿Cuándo vas a entrar?

—Dentro de una hora aproximadamente. Supongo que para entonces no habrá el menor movimiento aquí.

Ella dijo con un soplo de voz:

—Entonces cuenta con mi ayuda...

CAPÍTULO X

Una hora después yo estaba completamente vestido y con la luz apagada dentro de mi habitación, fingiendo dormir y esperando que todos los ruidos del motel se extinguiesen.

Por fin, el silencio más absoluto se hizo a nuestro alrededor. Pero pensé que el dueño del motel aún estaría en la oficina, y convenía que por el momento no se moviese de allí.

Para eso necesitaba yo la ayuda de Norma.

Golpeé quedamente dos veces en el tabique de separación y salí al exterior. Ella, que había entendido mi señal, estaba en el porche, intensamente pálida.

—Afortunadamente no hay luna —dije—. Podré acercarme a la casa sin que nadie me vea.

—¿Qué debo hacer yo?

—Supongo que aquel tipejo estará en la oficina de recepción. Debes entretenerlo; pregúntale cualquier cosa, lo que se te ocurra. Puedes hacer que le enseñe mapas de la región y plantearle duda. Necesito diez minutos.

—Pienso —susurró ella—, que esto puede ser muy peligroso para ti. Si esa vieja, en efecto, ha asesinado a una mujer fuerte como Lena Wanton...

—Yo soy algo más que una mujer fuerte —dije en voz baja—, y no voy a estar confiado como sin duda estaba ella. ¿Comprendido el plan? Dentro de diez minutos aproximadamente regresa a tu apartamento sin preocuparte de nada más. Yo ya me pondré en contacto contigo.

—Comprendido.

Le puse en la mano el revólver cargado.

—No sabemos quién es ese tipo, Norma. No tenemos ni idea...

Puede que intente algo contra ti, y entonces necesitarás defenderte. Úsalo sin remilgos si intenta ponerte la zarpa encima.

—Pero tú estarás desarmado...

—Eso no tiene importancia ahora. Vamos, no perdamos más tiempo. Hasta dentro de unos diez minutos...

Ella se alejó hacia la pequeña oficina de recepción, doblando el recodo del motel, y yo fui agazapado hacia la casa. A pesar de que la luna estaba en cuarto menguante, su luz bastaba para distinguir con claridad aquel edificio. Cuanto más me acercaba a él, más impresión de angustia y de desazón me cansaba. Era una casa muy vieja, construida con piedra a mediados del siglo XIX. Por lo menos estaba edificada en el estilo que entonces se puso de moda, el estilo Tudor al que tan aficionados fueron para sus casas de campo los millonarios americanos durante unos cuantos años. Pero ahora la casa tenía un aspecto triste, sombrío, como el de un panteón por cuyo interior paseasen los muertos.

Dispuesto a todo, me acerqué a la puerta y la tanteé. Pronto me di cuenta de que sería inútil intentar abrirla. Palpé entonces las ventanas de la fachada.

Eran todas de guillotina, y una de ellas no estaba bien sujeta. La alcé cuidadosamente, sin producir el menor ruido.

Desde allí veía encendida una luz en la oficina de recepción, donde sin duda debía encontrarse Norma.

Los muebles del interior correspondían más o menos al aspecto externo de la casa. Eran sólidos, antiguos y deprimentes. Una espesa capa de polvo cubría la mayor parte de ellos. Todo estaba en penumbra, pues sólo se veían aquí y allá algunas diminutas bombillas encendidas, tapadas además con pantallas de pergamino.

En la planta baja no había más que un vestíbulo, un trastero, una cocina enorme y un comedor también de grandes dimensiones, los cuales parecían no haber sido usados en mucho tiempo. Unas escaleras de mármol subían al piso superior, donde sin duda estaban los dormitorios.

Cautelosamente, ascendí.

Mi mano derecha parecía haber quedado rígida al contacto con el frío del mármol. Vi que las escaleras daban a un vestíbulo superior donde existían tres puertas. Deduje que la más grande y lujosa de todas ellas debía dar al dormitorio de la dama de los

cabellos blancos.

Me pegué a ella, escuchando.

Ni un sonido en la habitación, ni un susurro en la casa entera. Absolutamente nada.

Empujé la puerta.

Dentro vi una sola pantalla encendida. Su leve resplandor alumbraba un dormitorio enorme, de viejos y sólidos muebles oscuros, con relieves tallados a mano. La cama, por ejemplo, estaba adornada por dragones que se enlazaban con sus lenguas. Me pregunté si sería posible que alguien durmiera tranquilo allí, sin sentir escalofríos.

Dentro no parecía haber nadie.

Hice memoria y comprendí que tenía que ser aquél el sitio donde había visto, reflejada a través de la ventana, a la extraña vieja. Pero ahora no estaba allí, a menos que...

Abrí de golpe uno de los armarios, donde podía haberse ocultado perfectamente una persona.

Dentro vi viejos vestidos de otras épocas, que parecían guardar todavía el extraño perfume del tiempo que se fue. Vi zapatos de aguda puntera y tacón encorvado, medias color rosa, enaguas ridículas como las usadas por las mujeres a principios de siglo. Vi también algo más.

Una caja abierta.

Una caja que en otro tiempo fue de bombones y que ahora estaba llena de finos cordeles hechos con seda.

Mientras tensaba los labios, mis ojos se achicaron un momento, mirando aquello con una especie de odio.

Los cordeles de seda tal vez hubieran sido usados en otro tiempo para adornar los cabellos de una dama. Pero ahora estaban allí, limpios y brillantes como grandes gusanos. Y eran exactamente iguales al que había sido usado para estrangular a Lena Wanton.

Ahora ya sabía bastante. Estaba sobre la pista.

Pensé llevarme la caja, pero su posesión podría acarrearle dificultades cuando llegase la policía. De modo que preferí dejarlo todo como estaba. A la mañana siguiente aquélla sería una buena evidencia.

Me volví de pronto, creyendo haber oído un ruido a mis espaldas.

Pero no era nada. Allí no había nadie.

Ahora que sabía que estaba en la habitación de una asesina, la tranquilidad con que había entrado allí iba desapareciendo. Si alguien me espiaba, desde luego yo no saldría vivo de allí.

¡Y alguien me estaba espiando!

Me di cuenta de eso cuando el sonido se reprodujo. Esta vez tuve más suerte y pude ver de dónde procedía. Un cuadro colocado sobre el lecho representaba un San Jorge, uno de cuyos ojos acababa de moverse.

Estaba en la trampa.

Sin perder la serenidad, corrí al vestíbulo superior y abrí a la vez las otras dos puertas intentando descubrir el sitio desde el cual me estaban espiando. Sabía que detrás de aquellas puertas podía encontrar un arma apuntándome, pero eso no me importaba ahora. Contaba con mi agilidad para esquivar el primer golpe.

Sin embargo, allí no había nada.

Una puerta daba a otro dormitorio más pequeño, el cual tenía muebles mucho más sencillos. Abrí también el armario, sin encontrar más que unos cuantos trajes. Luego, comprendiendo que había equivocado la primera baza, me encaminé a la otra habitación.

Ésta era un cuarto de baño enorme, lleno de azulejos y de armaritos con cristales ovalados, como correspondía al gusto de otras épocas.

Las estanterías estaban llenas de cremas, algunas de ellas ya secas y de extraño aspecto, indicando no haber sido usadas en largos años tal vez. Vi también una puertecita, para llegar a la cual había que subir unas escaleras de mármol negro.

Ya lo tenía.

Aquello debía ser un cuartito vestidor, y por su posición comprendí que podía dar muy bien tras el cuadro del dormitorio. Si el que me espiaba no había sido muy rápido, aún podía cazarlo allí.

Ascendí en silencio dos de los tres peldaños, abrí de golpe la puerta y me dejé caer a un lado para esquivar el primer balazo.

Desde el suelo, respiré agitadamente.

Nadie había disparado.

Irguiéndome poco a poco, con todos los nervios en tensión, miré hacia el interior. Éste era un cuartito vestidor bastante penumbroso,

sin más muebles que unos aparatos de gimnasia y unos colgadores. Na había nadie en él, lo que indicaba que el pájaro había tenido tiempo de volar mientras yo revisaba el otro dormitorio.

De esto obtuve ya una primera conclusión: la persona que me había estado espionando era lista y ágil. Seguramente no se trataba de una vieja encorvada que estuviera a punto de morir.

Penetré en el cuartito y obtuve una segunda conclusión, ésta mucho más extraña.

En efecto allí había un pequeño cristal de aumento que se correspondía exactamente con el ojo de San Jorge. Al alzarlo ligeramente, el ojo del cuadro se descorría, permitiendo ver claramente la habitación. Pero el cristal estaba tan alto que yo casi tuve que empinarme de puntillas para poder mirar a través de él.

¿Cómo la vieja encorvada que yo había visto pedía mirar por allí? En todo caso tenía que ser una mujer extraordinariamente alta y rígida.

¿O tal vez un hombre?

Descendí del cuartito y examiné el suelo del cuarto de baño. Éste se encontraba ligeramente húmedo, y había permitido que se marcasen en él unas huellas. Éstas eran imprecisas, pero comprendí que las había causado un zapato de mujer. Un zapato de corte muy antiguo.

Sentí que las gotitas de sudor que habían nacido en mis sienes resbalaban ya por mis mejillas.

Procurando no caer en ninguna trampa, salí de allí. Poco a poco descendí las escaleras, sintiendo un frío espantoso en la nuca y pensando que desde todos los rincones de la casa me debían estar espionando también. Cuando me vi en el exterior, respiré tranquilo.

Fui hasta mi apartamento del motel procurando aprovechar los accidentes del terreno para que no me viesan, tal como había aprendido a hacer en la guerra de Corea cuando era todavía un chiquillo.

Llegué al porche.

Una voz a mi izquierda, hizo:

—¡Chist!

Me volví. Pude ver a Norma agazapada entre las sombras, esperando mi regreso.

—¿Qué ha ocurrido? —musitó.

—Primera explícate tú. ¿Quién estaba en la oficina de recepción?

—Aquel tipejo.

—¿No se ha movido de allí?

—No. ¿Por qué?

—Entonces está claro que ha tenido que ser la mujer la que me ha espiado —dije como para mí mismo—. He llegado a la conclusión de que la vieja a la que vimos antes a través de la ventana es la asesina de Lena Wanton.

—¿Cómo lo sabes?

He encontrado allí una caja llena de cordones de seda como el que la muerta lleva anudada al cuello.

—Hace muchos años las mujeres los usaban para sujetar y adornar sus cabellos.

—Ahora lo ha usado para otra cosa.

—Oye... —La voz de Norma temblaba—, ¿no te das cuenta de que ella no puede haber sido? Se trataba de una vieja y, además, encorvada...

—De encorvada no tiene un pelo. Tú misma lo comprenderás cuando te explique lo sucedido.

Y le di cuenta en breves palabras de todo lo que había visto en la casa. Cuando terminé, ella estaba intensamente pálida.

—¿Qué vas a hacer? —musitó.

—Esperar a que llegue la policía.

—¿Por qué no te has llevado la caja de cintas? Podía haber sido una buena evidencia.

—Una evidencia contra mí si la encontraban en mi poder. No olvides que la policía no ha hecho aún absolutamente ninguna gestión, y que cualquier indicio puede crear un culpable. Aunque mañana tengan que despanzurrar todos los tubos de desagüe, la encontrarán. Y si el culpable intenta quemarlas, será peor porque las cenizas se analizan fácilmente y le delatarán. Con eso no habrá logrado más que crear otra evidencia.

—¿Y si las oculta?

—Ningún escondite es seguro cuando la policía sabe lo que busca. Además, pienso estar toda la noche vigilando por si hay movimiento en el exterior de la casa.

—No te conviene vigilar y pasar la noche en vela. Si mañana has

de conducir, tienes que estar descansado.

—Hasta Pittsburgh puedes conducir tú un rato.

—Duerme al menos una hora. Yo me encargaré del primer turno de vigilancia, y al amanecer descansarás otro rato.

La idea no era mala.

—De acuerdo —musité.

Nos separamos y yo le recomendé antes de abrir mi puerta que no franquease la entrada a nadie, ocurriera lo que ocurriera. Y que diese unos golpecitos en el tabique de madera unos instantes después para significar que todo lo había encontrado conforme.

Porque existía la posibilidad de que la vieja o lo que fuese estuviera acechando dentro de uno de nuestros apartamentos.

Abrí la puerta y encendí la luz.

Bueno, por lo menos a mí me esperaba alguien.

Vi las piernas cruzadas, envueltas en unas medias apretadas y oscuras. Vi la falda negra de tejido grueso. El suave y primaveral abrigo blanco que caía sobre los hombros. Vi también los labios rojos, incitantes, y los ojos extrañamente melosos que parecían apresarme con su mirada.

Stella estaba allí, provocativamente sentada en el lecho, esperándome. No se movió cuando yo cerré lentamente la puerta y me acerqué a ella. Pero cuando estuve tan sólo a unos pasos saltó como una tigresa y me echó los brazos al cuello.

CAPÍTULO XI

Confieso que al principio me dejé vencer por aquellos labios. Me dejé apresar por el dogal obsesionante de aquellos brazos.

Ella sabía besar, y además se me entregaba por completo. Sentía su cuerpo palpitante y cálido junto al mío, sentía una vibración de vida, de pasión desatada, que me iba dominando. Pero aquello duró apenas medio minuto.

La empujé, y ella cayó en la cama.

—Ted...

—Ahora me llamo Tyrone Grant.

—Sí, ya me lo advirtió el policía, pero yo nunca me acostumbraré a llamarte por ese extraño nombre.

—¿El policía? ¿Qué policía?

—Uno que se había puesto de acuerdo contigo. En el revuelo del crimen, oí sin que se diera cuenta una conversación que tenía con otro. Entonces decidí seguirte. Te he encontrado por casualidad, no creas.

—¿Pero cómo has podido escapar?

—No escapé. Me han dejado libre.

—¿Y... el asesinato?

—Ninguna prueba tenían contra mí. ¿Por qué no iban a soltarme?

Las gotitas de sudor frío, que ya se habían secado, volvieron a brotar en mis sienes.

—Oye, Stella —empecé a decir con voz lenta y furiosa—. Yo...

—¿Por qué me llamas Stella? Sabes perfectamente que soy Mónica.

—¿Otra vez volvemos con esta tontería? ¿Pretendes que te crea?

En aquel momento oímos unos golpecitos en el tabique

contiguo. Eso indicaba que Norma, en su apartamento, lo había encontrado todo bien.

—¿Con quién viajas? —preguntó ella.

—Con una mujer a la que he encontrado casualmente en el camino.

—¿Y vas a fiarte?

—Mucho más que de ti, Stella.

—¡Por Dios, compréndelo!... ¡Esto es como una pesadilla! ¡Soy Mónica, tu prometida!

Yo fui a decir algo muy duro, quizá algo de lo que me hubiese avergonzado luego, pero no tuve tiempo.

Porque en aquel momento se inició en el motel una auténtica batalla.

Todo comenzó cuando alguien hizo girar el pomo de repente, para abrir la puerta de un solo golpe y sin avisar. En vista de que la puerta tenía la llave puesta por dentro, no se anduvo con chiquitas.

Una rociada de balas hizo saltar la cerradura de golpe. La hoja de madera tembló sobre sus goznes y se vino abajo.

Para entonces, yo ya había tenido ocasión de dar un empujón a la mujer que estaba conmigo y colocarme a un lado de la estancia.

Un tipo grasiento, fofo, con ajos como rendijas y unas manos grandes y ágiles, apareció en el umbral empuñando una pistola automática. Sin detenerse tan siquiera a mirar, barrió la habitación con sus balas.

Debían haberle dado la consigna de malar y el fulano la cumplía como un perro.

Entre el humo espeso de la pólvora se adentró un par de pasos, al no ver a nadie, y eso fue su perdición. Porque yo salté sobre él, a su espalda, y le propiné con ambas manos enlazadas un terrible martillazo en la nuca. El fulano dio un respingo y volvió a disparar. Mientras caía, yo le golpeé otra vez en la nuca con todas mis fuerzas, dispuesto a matar.

No lo conseguí, pero el tipo cayó de rodillas escupiendo sangre por la boca. Un puntapié a la columna vertebral lo envió a tierra aullando de dolor, incapaz ya para moverse en un buen rato.

Tomé su automática y la monté. Me di cuenta entonces de que el muy buitre había disparado al caer sus últimas balas. Lo que yo tenía ahora en la mano era un cacharro inservible.

—¡Maldita sea!... —Gruñí.

Ella se movió entonces, abriendo su bolso, y me puso en las manos una pequeña «Star» española del 7'65. No era un arma potente, pero a corta distancia resultaría eficaz.

Eso fue lo primero que pensé, pero, en seguida me dije que resultaba increíble que ella quisiese ayudarme. A menos qué la pistola estuviese descargada...

No lo estaba.

El fulano que entró a continuación, al ver caer a su compañero, llevaba nada menos que una metralleta «Thompson». Me vio y quiso alzarla un poco, pues la llevaba pegada a la cadera. Yo me moví también, y aquello resultó un juego a cara o cruz. La vida se quedó con el más rápido.

Yo le disparé una bala bajo la mandíbula, atravesándole la cabeza en diagonal. Comprendí en seguida que le había matado, pero el individuo aún pudo apretar el gatillo de su metralleta con un movimiento reflejo. Una ráfaga enloquecedora barrió la habitación, mientras la mujer se pegaba al suelo, gritando. Vi sus bonitas piernas crispándose en el aire, incluso la manchita de la vieja quemadura. Pero comprendí que ninguna bala la había alcanzado, porque todas las balas estaban clavadas en la pared a la altura de la cama.

Salí, cubriéndola a ella.

Yo sabía que si los esbirros de Steve Familiare habían llegado en un coche serían al menos cuatro. Quedaban, por tanto, dos, y éstos no irían tan confiados. Al salir, una bala me arrancó cabellos de la cabeza.

Disparaban desde mitad de camino entre el motel y la casa de piedra. El cacharro que me enviaba las balas era una «Luger» de cañón largo, o sea, que con la pequeña «Star» del 7'65 yo tenía las de perder. Ni siquiera contesté al fuego.

—¡Coge la metralleta. Stella! —grité—. ¡Los tenemos ahí enfrente!

Ella ya la tenía en sus manos y sabía, además, de dónde procedían los disparos. Envió una ráfaga contra aquel sitio y, aunque la oscuridad le impidió hacer blanco, puso en fuga a nuestro adversario.

—No soy Stella, sino Mónica —dijo ásperamente.

—También has cogido buena manía... —Gruñí—. ¿Te crees que soy idiota?

Alguien más disparó contra nosotros, ahora desde la esquina del motel. Como la distancia era poca, yo envié un par de balas. Supe que no había alcanzado a nadie, pero puse en fuga a mi segundo enemigo.

De todos modos aquello no era más que el principio.

Steve Familiar, o mejor dicho sus esbirros, habían dado con mi pista increíblemente pronto. Ahora me enviarían un bulldog tras otro, hasta que alguno de ellos me clavara los dientes. Y yo no sólo tenía qué salvar mi vida, sino que me era preciso llegar hasta Waterloo, en el Estado de Iowa.

Necesitaba huir.

—¿Qué coche has traído? —le pregunté a ella.

—Un «De Soto» negro. Puede correr lo suyo.

—Está bien. Te dedicarás a seguirme hasta Pittsburgh, donde ya me las arreglaré para ponerme en contacto contigo. Es posible que en el camino cambie de coche, pero ya te advertiré. ¡Ah! Llévate a una muchacha que está en ese otro apartamento.

—¿Una muchacha?

—Sí, pero no pierdas un minuto. ¡Y sin hablar!

Me deslicé hacia la fachada del motel, pero pronto me di cuenta de que iba a enfrentarme con un grave inconveniente: allí existía un garaje, y yo no conocía exactamente su emplazamiento. Mientras lo buscaba y procuraba sacar el «Alfa Romeo» de allí, podrían coserme a balazos.

Entonces divisé el «Rambler» que había traído hasta allí a Lena Wanton, la asesinada.

Me iría muy bien, puesto que necesitaba cambiar de coche. Abrí la portezuela, me puse al volante e hice girar las llaves de contacto. En aquel momento, mientras el motor lanzaba un ladrido, vi a los dos tipos.

Habían venido corriendo también, cada uno por un lado. No me habían visto aún, pero estaban orientados por el ruido del motor del coche. Ellos tenían un «Pontiac» negro o azul —la oscuridad no permitía precisarlo— aparcado un poco lejos del motel.

Abrí la portezuela del otro lado y me dejé caer al suelo por la parte contraria del coche. Desde allí les apunté por debajo del

vehículo, obteniendo una protección casi completa, mientras que ellos estaban al descubierto.

No quería matarles si no era indispensable. Lo que me interesaba era que no me persiguieran. Por ello hice dos disparos contra las ruedas de su automóvil y las oí estallar. Como solo tendrían una de recambio, iban a verse en un buen lío. Los dos bulldog, sin embargo, me localizaron antes de lo que esperaba.

Corrieron hacia el coche, cada uno por su lado, mientras el de la izquierda me enviaba una ráfaga.

El muy buitre tenía otra «Thompson». Familiarmente no se andaba por las ramas. Comprendí en seguida que, aunque tuviera suerte y no me alcanzasen, desharían el coche.

No podía elegir.

Tiré primero contra el de la izquierda, que estaba a unos diez metros, y le fracturé la mandíbula. Con un aullido de dolor, cayó revolcándose y soltó el arma. Su compañero trató de buscar una nueva posición, pero fue peor para él. Cuando se desplazaba, le alcancé con una bala en el vientre y también le hice caer aullando.

Por el momento tenía vía libre.

Penetré de nuevo en el coche, puse primera y salí a buena velocidad, pero dando un rodeo para no perder de vista el motel y asegurarme de que las dos mujeres podían escapar también. En efecto, segundos después vi el «Alfa Romeo» girar hacia la carretera sin que se produjese ningún nuevo incidente.

Volamos hacia Pittsburgh.

CAPÍTULO XII

Puesto que estábamos localizados, resultaba tonto emplear carreteras secundarias. Ahora lo que interesaba era la velocidad.

Nos encontrábamos en el Estado de Pensilvania, uno de los que tiene mejores autopistas de toda la Unión. Mientras circulábamos por la carretera secundaria hallamos muchos camiones que transportaban chatarra para los inmensos altos hornos de Pittsburgh. Eso nos impidió ganar mucho terreno, pero en cuanto salimos a la autopista apretamos a fondo el acelerador. Por el espejo retrovisor yo veía el «Alfa Romeo», que hubiera podido adelantarme cien veces, pero no lo hacía porque era yo el que mareaba la ruta. Amaneció y empezamos a encontrar más patrulleros por el camino. Un letrero advirtió que a cien millas de Pittsburgh empezaba de nuevo el límite de velocidad.

En efecto, el tránsito se hacía denso. Filas interminables de camiones se dirigían a la gran ciudad del acero. En el horizonte grisáceo, y a pesar de que era pleno día, se divisaban los resplandores infernales de los altos hornos.

Jamás he visto una ciudad tan triste como Pittsburgh, a pesar de que el trabajo infernal de las fundiciones se desarrolla allí con arreglo a las técnicas más modernas, y a pesar de que los obreros están decorosamente pagados y tienen más comodidades que en otros sitios de la Unión.

Al entrar en la ciudad, hice unos cuantos virajes para desorientar a cualquier posible perseguidor y me detuve ante un *snack-bar*. El «Alfa Romeo» frenó detrás mío.

La verdad era que estábamos todos rendidos y necesitábamos tomar algo. Lancé un suspiro de cansancio cuando ellas dos se sentaron frente a mí.

No dijeron palabra.

—Parece que no os habéis hecho muy amigas —dije.

Stella no contestó. Fue Norma la que dio una respuesta:

—No.

—¿Por qué?

—Estaba ocupada en conducir y no he alabado a su hijo —dijo Stella sombríamente—. Debe ser eso.

—Pero..., ¿tú tienes un hijo, Norma? —susurré.

—Sí. Te he dicho que era viuda, ¿verdad? —añadió—. ¿Qué tiene, pues, de extraño que tenga un hijo?

—No, nada... —reconocí—. Claro que es lo más lógico. ¿Pero por qué lo has dejado?

—Ya tiene quien le cuide.

Su expresión era sombría y taciturna. No insistí.

—Lleva un retrato en su bolso —dijo Stella con más alegría—. Ahora que ya no conduzco puedo decirlo: es muy guapo.

—Se parece a su padre —dijo Norma.

Instintivamente, sin saber bien por qué, sentí admiración y respeto por aquella mujer. Celebré no haberla besado, no haberle dicho nada inconveniente. El hecho de ser madre la dignificaba.

Pero uno siempre está fastidiado sin mujeres, y he aquí que yo no tenía ahora ninguna. Norma era inaccesible y me parecía indigno fijarme en ella, después de saber lo que sabía. En cuanto a Stella, no era más que una rata asesina envuelta en seda y celofana, una cosa podrida que olía a muerto en cuanto alguien se acercaba lo bastante.

Lo único que lamentaba era no tener ocasión ahora para ajustarle las cuentas. Pero ya llegaría todo.

Un camarero nos sirvió varios platos fríos, y comimos con apetito y en silencio. A todos nos preocupaba lo que pudiera suceder, no sólo por los esbirros de *Familiare* sino también por la policía. Yo, que intentaba tener el cerebro claro, comprendí que las cosas no se aclararían hasta que llegase a Waterloo.

—Tenemos que haber atravesado medio Ohio esta misma noche —gruñí.

Pagué y salimos. En una estación de servicio repostamos gasolina, adquiriendo yo dos nuevos tanques llenos para llevarlos como reserva en el «Rambler».

A mediodía penetramos en los límites de Ohio.

Por la noche habíamos atravesado el Estado casi en su totalidad, encontrándonos cerca de Indiana sin que nadie, hasta el momento, nos hubiera perseguido. Pero yo sabía que eso no podía durar.

Después de la noche anterior en blanco, estaba rendido.

—Pararemos en ese motel me dije, a] ver unas luces azuladas a un lado de la carretera. —¡Uf! No me he librado de Steve Familiar, pero al menos sí que he dejado atrás aquella pesadilla del motel ¡No quiero recordarla nunca más!

Frené, y de pronto mis párpados sufrieron una sacudida.

Porque acababa de ver el emblema que destacaba sobre el frontispicio de la entrada.

Una esfinge.

CAPÍTULO XIII

El «Alfa Romeo» se detuvo suavemente a mi lado.

Vi por la Ventanilla el rostro un poco crispado de Norma.

—No nos detengamos aquí —suplicó—. Por Dios, no nos detengamos...

Yo miraba la esfinge con ojos entornados, sin acertar a comprender aquello.

—La verdad es que soy incapaz de entender una palabra —musité—. Tengo la sensación de que voy a volverme loco.

—Razón de más para que no nos quedemos. Sigamos adelante, Tyrone. Al fin y al cabo la ciudad de Wayne no está tan lejos. Un par de horas más de rodar y llegaremos a ella. O quizá encontremos cualquier otro motel... Sí —añadió con convicción—, lo encontraremos.

Pero yo miraba la esfinge sintiendo bailar algo en mi cráneo. Algo que no había sentido nunca.

—Si seguimos adelante nunca averiguaremos a qué es debido esto —musité—. Lo más sencillo, para saber a qué atenernos, es quedarnos aquí.

—Absurdo —susurró Norma—. Tú te has empeñado en averiguar algo sobre esa esfinge y vas a averiguar más cosas de las que quisieras, porque ya dicen que los muertos lo saben todo. Y es muy triste que a uno le saquen con las piernas por delante de un vulgar motel, Tyrone.

—Éste no es tan vulgar.

En efecto, me estaba fijando en el chato conjunto de edificios, los cuales aparecían alumbrados por la luz azulada de muchos tubos de neón. El conjunto resultaba mucho más acogedor, mucho más agradable que el motel que habíamos dejado atrás. Lo único que les

igualaba era la esfinge, la cual resultaba absolutamente idéntica.

Me apeé, fijándome antes en que Stella no había despegado los labios, y penetré en la bien instalada oficina de recepción.

Allí tuve una explicación clara y sencilla de todo.

Un hombre joven, vestido con ropas deportivas pero elegantes, me sonrió al verme entrar.

—¿Desean pasar aquí la noche?

—Oiga, pasamos la noche anterior en otro motel que también tenía una esfinge en el frontispicio. ¿Por qué?

—Porque es de los mismos dueños —dijo el hombre, sonriendo—. El señor y la señora Jarke tienen una cadena de moteles, que por ahora forman tres establecimientos. Seguramente ustedes pasaron la noche en el primero de ellos. Hay otra más adelante, cerca de la ciudad de Gary, casi en la orilla del lago Michigan.

—Pero la señora Jarke..., ¿no está muy enferma?

—Lo está, señor. Pero ha querido invertir todos sus ahorros en una cadena de moteles, seguramente para dejar algo positivo a sus familiares. Yo soy uno de sus sobrinos, ¿sabe? Este asunto lo llevamos completamente en familia.

—Los que estaban en el primer motel, ¿eran el señor y la señora Jarke?

—Seguramente, sí. Viven en una vieja casa de piedra, muy cerca de los edificios destinados a motel.

—Sí, claro... —dije pensativamente—. Sí...

—¿Van a pasar aquí la noche?

—Desde luego.

Volví junto a los automóviles e indiqué a las dos mujeres que podían bajar. Luego, yo mismo, y puesto que allí no había garaje, me preocupé de ocultar bien los coches entre unos cercanos árboles. Hecho esto pedí que nos dieran tres departamentos separados, aunque contiguos, y tomamos unos bocadillos en la barra del bar que el mismo joven atendía. Luego nos retiramos cada uno a su apartamiento.

No habían transcurrido diez minutos desde que estábamos allí cuando llamé discretamente con los nudillos al de Norma.

—Adelante —dijo su voz.

Hice girar el pomo y entré. Norma debía estar muy preocupada, porque sus ojos miraban al vacío y ni siquiera se preocupó de

cambiar de postura. Estaba sentada en una silla, bajándose una media. Alzó los ojos, me miró y entonces continuó su operación lentamente.

Me parecía demasiado joven y bonita para ser ya una viuda. Me parecía demasiado joven y bonita para tener un hijo.

Cerré la puerta lentamente a mi espalda. Mis ojos debían brillar con un brillo quieto, acerado y maligno.

—¿Por qué me has engañado? —susurré.

—¿Cómo?...

Sus dedos se abrieron en el aire. La media que acababa de quitarse cayó lentamente al suelo.

—Has confiado en mi falta de memoria —dije— y eso resulta estúpido. No he querido decirte nada hasta ahora porque esperaba una ocasión para hablar contigo tranquilamente y sin testigos. — Adelanté dos pasos hacia el interior de la pieza—. Esa ocasión ha llegado, Norma.

—¿Qué es lo que quieres decirme?

—Has sido muy estúpida al confiar en que los acontecimientos me hubieran hecho olvidarme de tus palabras. Me dijiste, al pedir que te llevara, que ibas hasta Pittsburgh. Este mediodía hemos pasado por Pittsburgh y tú has continuado con nosotros. Seguramente esperabas que te dijera: «Has llegado», o algo semejante. Pero al advertir mi silencio has debido pensar que seguramente había olvidado ya el lugar donde tenía que dejarte. Pero a mí no se me borran esas cosas, hermana. Y ahora vas a decirme para qué vienes con nosotros.

La levanté, tal como estaba en la silla, y la arrojé de un empujón a tierra. Dios sabe que no quería hacerle daño, sino solamente asustarla. Pero dio de bruces contra uno de los pies de la cama y se hizo sangre en los labios. Desde allí se volvió, tan poco vestida como estaba, para mirarme con ojos llameantes.

—Eres un canalla —dijo con voz silbante—. Un canalla y un cobarde...

—Voy a ser algo más si no hablas. ¿Qué buscas aquí?

—Oíste mal cuando me recogiste en la carretera. Yo no dije Pittsburgh, sino Chicago.

Apreté los puños y mascullé con voz ronca:

—Necesito llegar a Waterloo y tú lo sabes, pero no me importa

demorar el viaje unas pocas horas, las suficientes para hablar con la policía y exponer lo sucedido. Hay unos cuantos muertos detrás de nosotros, paloma, y no creo que lo pases bien en cuanto se revise la cuestión. Y además es posible que, antes, te deshaga la cara a puñetazos. Nunca he pegado a una mujer, pero quizá quiera averiguar qué sensación produce.

Ella me miró con ojos que habían cambiado de expresión. Ahora eran temerosos como los de un perro apaleado. No parecía haberla asustado la amenaza de los golpes, pero sí la de la policía. Len lamente se puso en pie y ordenó su falda. Llevaba una media puesta y otra no. Por su barbilla resbalaban unas gotitas de sangre.

Bruscamente me dio pena, mucha pena, y aún no sé bien por qué. Fue como si de pronto comprendiera que, en efecto, aquella mujer era una pobre viuda que tenía un hijo.

—Habla —susurré—. Te juro que si me das una explicación nada diré a la policía. Todo seguirá igual entre nosotros. El que te ha ordenado que me sigas, seguirá creyendo que cumples tu cometido.

Yo tenía gran confianza en aquellas palabras, y acerté. Norma obraba coaccionada por alguien, y tenía un miedo cerval a que la policía interviniese, porque entonces aquel alguien se daría cuenta de que todo había fallado. Noté por sus ojos que confiaba en mi promesa. Sus párpados temblaron al mirarme fijamente.

—Es cierto que soy viuda —musitó—. Una pobre mujer desvalida, después de todo. Pero mi marido trabajaba para Steve Familiare.

—Sigue.

—Es cierto, además, que tengo un hijo.

—¿Y qué?

—Uno de los que habían actuado con mi marido vino a verme hace muy poco. Dijo que por una indiscreción cometida en la oficina del fiscal del Distrito, en Nueva York, habían sabido que Steve Familiare sería juzgado en Waterloo, en el Estado de Iowa, y que el principal testigo de la acusación iba ya hacia allí en un «Alfa Romeo» rojo. Me dieron, además, una foto tuya, para que te reconociese en cualquier momento.

—¿Cuál era su plan?

—Ellos tenían miedo de que cambiases de coche varias veces y lograras desorientarles. Necesitaban alguien que te «marcase», y ese

alguien tenía que ser yo. Mi obligación consistía, sencillamente, en pegarme a ti hasta llegar a Pittsburgh. Por mucho que cambiaras de coche e incluso te disfrazases, yo sería la señal de que estaban sobre la buena pista. Desde luego pensaban matarte mucho antes de llegar a Pittsburgh, es decir anoche. Mi misión ya no hubiera tenido por qué continuar.

—Es fácil suponer que amenazaron con matar a tu hijo si no obedecías, ¿verdad?

Dos lágrimas de desesperación asomaron a sus ojos.

—Sí.

Me senté, abrumado, en un borde de la cama, y apoyando la cabeza en una mano traté de reflexionar. He aquí que había averiguado bastantes cosas, y todas ellas desagradables. Los sicarios de Familiare estaban sobre mi pista desde el primer momento; habían intentado matarme una vez y lo intentarían otras varias, hasta acabar conmigo; era inútil que cambiase de coche, que me dejara la barba o que me tiñese de rubio, porque la presencia de Norma a mi lado me identificaría; y si me libraba de ella o daba aviso a la policía, podía acarrear la muerte de un niño inocente. Todo un panorama.

No quisiera que nadie de vosotros se viera contemplado por unos ojos tan suplicantes, tan desesperados, como los de Norma. No quisiera encontrar a nadie con una papeleta así.

Para colmo de males, Mónica, la única mujer a la que quise, había muerto. Y Stella, su hermana gemela, estaba pegada a mí como una lapa dispuesta a asestar el golpe definitivo. No me cabía duda de que ella estaba envuelta también en el asunto de Steve Familiare. Si en el mundo había alguien que tuviera un revólver cargado en la nuca, ese alguien era yo. No podría salvarme.

Pero de pronto el panorama de las cosas cambió.

Cambió cuando Norma dijo:

—Me has prometido que nada dirás a la policía y que todo seguirá como hasta ahora, porque de ello depende la vida de mi hijo. ¿Sigues prometiéndolo, Ted Purvis?

No me extrañó ni así que ella conociera mi verdadero nombre. De modo que dije apagadamente:

—Sigo prometiéndolo.

—Entonces te explicaré algo más. Lo hubiera dicho

gustosamente anoche, pero no podía, porque ello era tanto como descubrir mi juego. La mujer a la que asesinaron. Lena Wanton, era uno de los «agentes ejecutivos» de Steve Familiar. Mi difunto marido la había visto matar en más de una ocasión. Pese a su belleza, o quizá debido a ella, era uno de sus más peligrosos gun-men.

Un mazazo asestado en mi cráneo no me hubiera causado más efecto. Cualquier cosa podía sospecharla, menos eso. Alcé los ojos para mirar directamente a Norma.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Completamente. Hace un par de años, Lena Wanton incluso llegó a dormir en casa, para escapar de la policía después de una de sus ejecuciones. Yo pasé un miedo horrible. Imagina tú si nos conoceríamos después de eso.

—Entonces... cuando ella llegó... Tú sabías que iba a matarme...

—Sí, lo sabía —musitó con los ojos brillantes por las lágrimas—, pero no podía hacer nada. Cualquier gesto, cualquier advertencia, hubiera significado la muerte de mi hijo.

—Lo comprendo y no te lo reprocho —musité—. Pero hay algo que no comprendo. Al matar a esa mujer me ayudaron. En realidad me salvaron la vida, porque jamás se me hubiera ocurrido desconfiar de una mujer como Lena Wanton, y ella hubiera asestado tranquilamente el golpe. ¿Pero por qué? ¿Quién puede tener interés en ayudarme? La policía, desde luego, pero la policía no emplea Esos métodos. ¡En el nombre del Cielo! ¿Por qué me salvaron la vida?

Norma se acercó un poco a mí, mientras intentaba contener sus lágrimas.

—Tú sabes perfectamente que la que asesinó a Lena Wanton era también una mujer —dijo—. Yo oí su taconeo como tú, y vi también sus cabellos blancos pasar por el borde superior de la cortinilla. No pudo ser más que la dueña del motel, la que vivía en la casa de piedra.

—Pero a esa mujer no la hemos visto nunca...

—¿Te atreverás a decir que no existe?

No, no me atrevía a decir eso. ¡Claro que no! Ella me estuvo espiando mientras registraba su dormitorio y Norma entretenía a su esposo. Vi sus huellas sobre la humedad del cuarto de baño. No

podía negar que me encontraba ante algo insondable, algo que no podía comprender, pero que sin duda tenía existencia.

—Ella debe ser una maniática —dijo Norma, quedamente—. Un monstruo... Mató a Lena Wanton como pudo haberme matado a mí. Por eso no quería entrar en este motel. Tengo miedo...

Yo me puse en pie, mientras en mis labios se dibujaba una mueca de decisión.

—No temas. Ahora ella no está aquí, sino muchas millas a nuestras espaldas. Y en cuanto a los esbirros de Familiare, te juro que sabré defenderme. Vosotras os habéis llevado la metralleta «Thompson», ¿no?

—La pusimos en el suelo del coche. Todavía quedan balas. Por cierto que esa mujer, Stella..., tira muy bien.

—Su oficio, en cierto modo, es matar —dije sordamente— pero ya le llegará su hora. Voy a buscar la metralleta y la tendré a mi alcance durante toda la noche. ¿Tienes tú las llaves del automóvil?

—Sí. Había dos en el llavero, y yo me he quedado una.

Me la entregó mientras preguntaba:

—¿Por qué no nos habrá perseguido la policía?

—La policía sabe que los tipos muertos en el motel eran esbirros de Steve Familiare, y sabe, además, por qué tuve que matarlos. En consecuencia, no hay razón para que me persiga, aunque tampoco puede protegerme descaradamente. En cuanto a la muerte de Lena Wanton puede que no tengan aún ninguna pista, pero saben perfectamente que no soy responsable yo.

Salí del apartamento y, aprovechando las zonas de oscuridad, llegué hasta la zona de árboles donde estaba oculto el «Alfa Romeo». Abrí la portezuela, palpé el suelo y toqué la metralleta.

No había hecho más que ponerle las manos encima cuando una voz dijo a mi espalda:

—Muy bien, amigo. Ahora vuélvete con las manitas en alto, como si quisieras hacer cosquillas a los ángeles. Y ven hacia aquí sin miedo. Sin ensuciarte en los pantalones.

CAPÍTULO XIV

Un tipo que empleara un lenguaje así tenía qué ser un fulano poco fino, y yo me di cuenta en seguida de que me habían cazado los esbirros de Familiare.

Esta vez había caído bien.

No me quedaba la menor posibilidad de seguir con vida en cuanto volviese la espalda. Estaban convencidos de hallarse ante Ted Purvis, pero querían verme la cara para convencerse mejor y quedar completamente seguros de no haberse confundido en el golpe. Aquel «trabajo» era demasiado importante para ellos, y no lo podían fallar.

Por tanto, dispararían en cuanto me volviese.

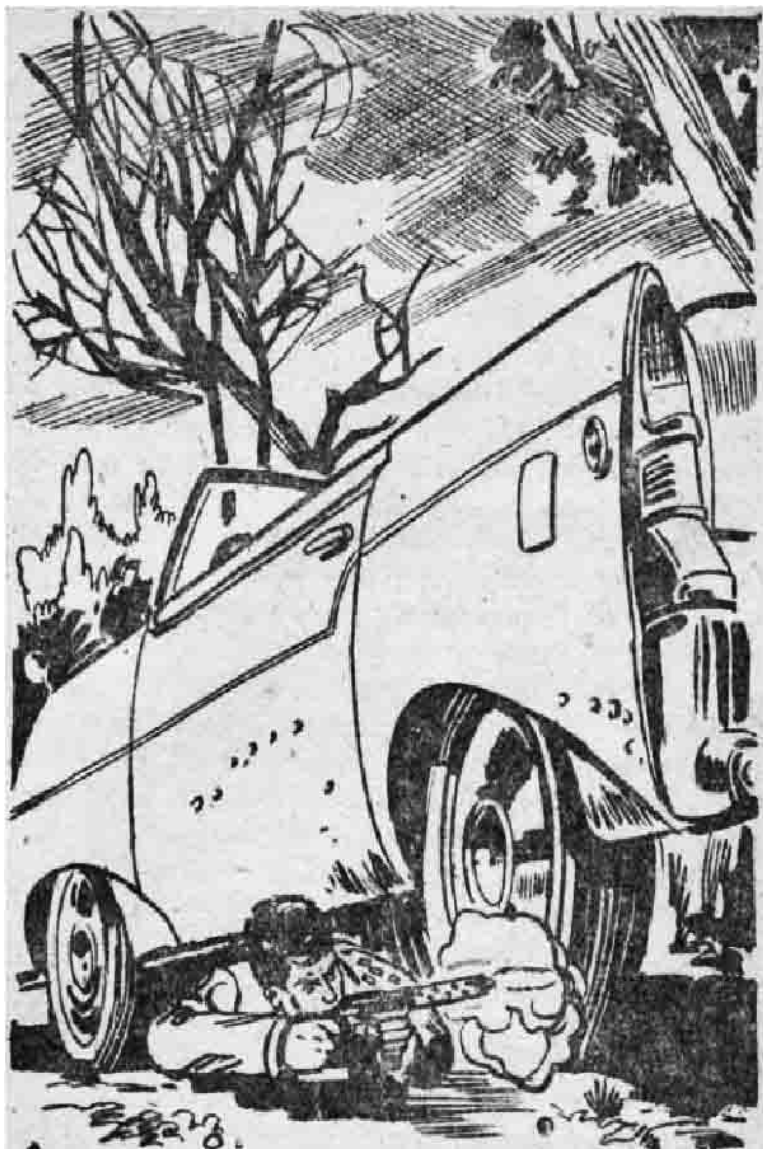
Decidí jugármelo todo a una carta, y al oír aquella voz eché ya hacia atrás el cerrojo de la «Thompson».

—¿A qué tanta prisa? —Gruñí—. ¿Quiénes son ustedes?

—¡Vuélvete!

Me volví.

Me volví tan rápidamente, contorsionándome, que ellos —pues eran dos— quedaron sorprendidos. Creían haberme cazado bien, y lo que menos podían imaginar era que yo tuviese en las manos nada menos que una metralleta. Cuando intentaron disparar, una ráfaga ya les había partido materialmente por la mitad. Con un chorro de balas en el cuerpo cada uno, se doblaron lentamente.



Pero no estaban solos. Alguien les cubría las espaldas.

Desde unos matorrales cercanos, al borde de la carretera, alguien disparó, también con metralleta. Las balas hicieron trizas la carrocería del coche, y una de ellas, de rebote, penetró en mi pecho, clavándoseme entre dos costillas. Aunque noté en seguida que el proyectil no había profundizado, gracias al rebote, quedé en cambio

sin respiración. Me dejé caer a tierra, jadeando y ahogando mi dolor. Las balas de la metralleta siguieron acribillando la carrocería y el motor del coche.

Era un solo fulano el que disparaba, pero no podía fiarme. Tendido en el suelo, babeando de angustia, esperé.

De pronto el, tipo cambió de posición, extrañado ante mi silencio, y corrió hacia el coche.

Le envié mis últimas balas.

Se contorsionó, lanzó un salvaje juramento y siguió corriendo hacia mí. Comprendí que me había visto y que yo no tendría ya salvación. No me quedaban balas, y él siempre tendría fuerza para apretar el gatillo antes de irse al otro barrio.

Era el fin.

Apreté desesperadamente el gatillo, por si aún me quedaba algún proyectil y, en efecto, sonó un disparo. Pero no estoy seguro de que lograra hacerlo yo, aunque veía las cosas como a través de una nube. El caso es que él fulano dio una voltereta y quedó tendido en tierra.

Ya no se movió más.

Me puse en pie trabajosamente, sintiendo que todo vacilaba a mi alrededor. Vacuamente pensé que había esquivado el segundo golpe, pero que llegaría un tercero, y un cuarto... Tenía que huir. Tenía que huir desesperadamente, sin detenerme en ninguna parte. Los esbirros de Familiare, que no se atrevían a cazarme en la carretera por la gran abundancia de coches patrulleros, en cambio caían sobre mí como lobos hambrientos en cuanto me detenía al llegar la noche.

Vi una sombra que se despegaba de la oscuridad y avanzaba hacia mí. Una sombra masculina.

Si era otro de los forajidos, estaba listo. No sólo va no me quedaban balas, sino que tampoco tenía fuerzas. Sólo me quedaba recordar mis primeras oraciones y morir como un conejo.

Pero el tipo no parecía abrigar intenciones hostiles. Le reconocí cuando estaba a unos pasos.

—¡Señor Flanagan! —musité.

En efecto, era el viajante que la noche anterior había conocido en el motel, después de la muerte de Lena Wanton. Vio que estaba herido y me sostuvo por un brazo.

—Que casualidad... —susurré.

—Ninguna casualidad. Ya sabe que soy viajante, y por lo visto seguimos la misma ruta.

—No es necesario que finja ya más —musité con una cansada sonrisa—. Sé de sobra que no he matado yo a ese hombre, sino usted. ¿Qué cargo tiene en la Policía Metropolitana? ¿Sargento? ¿Teniente tal vez? ¿Hasta qué extremos le dijo el capitán Bradley que debía protegerme?

El me miró a los ojos. Los tenía fríos, grises y duros.

—No diga tonterías —gruñó.

—Bueno, como quiera... —susurré—. Ahora lo que necesito es... huir.

Me daba cuenta vagamente de que el Rambler no había sufrido daños, y aún podía disponer de él. Si nos turnábamos todos al volante, incluso conseguiríamos dormir un poco. Me apoyé, pues, en el otro coche, y lo abrí con las llaves, que conservaba.

En aquel momento Stella y Norma llegaban corriendo, las dos juntas. Adivinando lo que pasaba, habían reaccionado antes que ninguna otra persona del motel. Yo las miré y pensé que eran tentadoras, sobre todo una al lado de la otra. Como para marearse, vamos. Pero puesto que yo ya estaba mareado, no pude seguir fijándome en ellas.

Norma ahogó un grito.

—Tenemos que irnos... —jadeé—. Me han dado, pero... no podemos perder más tiempo. Conduce tú, Stella.

—Mónica —corrigió.

—¡Vete al infierno! ¿Aún hemos de estar con esas tonterías y fingimientos? Al menos, ya que vamos a seguir el mismo camino hacia el infierno, que sepamos tocios quiénes somos.

Me dejé caer en uno de los asientos del «Rambler», y dije con voz apagada a Flanagan:

—Necesito armas. Me hará usted un gran favor si me presta la pistola con la que ha liquidado antes a ese hombre.

Sus labios dibujaron una sonrisa cuadrada. Extrajo una «Luger» y me la entregó sin una sola palabra. El cañón aún estaba caliente y aún olía a pólvora.

—Gracias —dije—. Hablaré de usted al capitán Bradley.

Stella se había sentado al volante, y Norma me hizo señas para

que me cambiara al asiento posterior.

—Aquí podré atenderte mejor —susurró—. En la primera ciudad, pararemos ante una farmacia para comprar desinfectantes y gasas.

Salimos a todo gas, y dejamos atrás el motel cuando éste empezaba a llenarse de voces y de gritos. La carretera empezó a dibujar eses ante mis ojos, como una pesadilla, y perdí el conocimiento.

Cuando lo recobré había amanecido ya, y estábamos rodando por una carretera secundaria. Me di cuenta de que me sentía mucho mejor, después del largo sueño a que mi debilidad me había obligado. Ahora no estaba al volante Stella, sino Norma. Seguían viéndose patrulleros con frecuencia, y yo recordé entonces que unos dirigentes rusos visitaban el país, por lo cual debían haberse extremado las precauciones. Eso me favorecía, pues las carreteras resultaban poco menos que zona prohibida para los esbirros de Familiare.

Pero rodábamos a poca velocidad, lo que sin duda significaba que en aquella carretera había tope. Así no llegaríamos nunca.

—¿He dormido mucho? —pregunté.

—Son las nueve de la mañana.

—¿Cómo?...

—Sí. Son las nueve de la mañana y estamos atravesando Indiana, en dirección al lago Michigan. Ésa es la dirección más corta para llegar a Waterloo, pasando por Chicago. En Chicago pueden perder nuestra pista.

Era Stella la que había hablado, y sus palabras me parecieron perfectamente razonables. Claro que los verdugos, antes de liquidarle a uno, también suelen mostrarse razonables y corteses. La única diferencia estaba en que a este verdugo podía abrazarse uno para la despedida. Palabra.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Norma.

—Mejor.

—La bala ha caído casi sola cuando te he puesto al descubierto la herida —explicó, sin perder de vista la carretera—. Ha sido sólo una rozadura, pero no me gusta su aspecto. Necesitas estar veinticuatro horas descansando hasta ver cómo evoluciona esto.

—Ya descanso aquí.

—¡Qué estupidez! —Norma apretó los labios—. No es lo mismo. Necesitas estar en cama y que te vea un médico. Creo que con un poco de suerte podemos encontrar un motel aislado y donde no hagan demasiadas preguntas. Habrá bastantes a orillas del lago Michigan.

—Sí —dije reflexivamente—; por lo menos sé que hay uno, y tenemos que parar allí.

—No te entiendo.

—Mejor que no me entiendas ahora, porque sé que la idea no te gustará. Sigue conduciendo, por favor, siempre en dirección a Gary.

Ella obedeció. Después de esto, en el coche nadie volvió a pronunciar una palabra.

A poca velocidad, porque la carretera estaba muy vigilada, llegamos a las inmediaciones del lago Michigan. Docenas y docenas de camiones nos acompañaban en la gran ruta a Chicago, mientras caprichosos hotelitos y fincas de recreo se extendían a la orilla del agua, a nuestra derecha. Me di cuenta de que tenía fiebre cuando llegamos a las inmediaciones de la ciudad de Gary.

Vimos entonces el motel, no en la carretera principal sino al fin de un ramal secundario.

—Por ahí —indiqué.

Había también una casa de piedra al lado. Parecía el de la primera noche. Y vi también lo que esperaba ver: estaba también la esfinge en el frontispicio, la tercera esfinge.

CAPÍTULO XV

Como mi aspecto, después de los cuidados de Norma, era más o menos correcto, quise entrar yo mismo en la oficina de recepción mientras las dos mujeres se ocupaban de guardar el coche.

Apenas poner los pies en el umbral, mis párpados sufrieron una sacudida.

Lo que entraba ya por las ventanas era la luz suave del atardecer, y no había ninguna lámpara encendida, pero conocí al hombre perfectamente. El también me conoció a mí, y quizá por eso le tembló ligeramente la mano con que manipulaba el libro registro. Era el tipo de la primera noche, el marido de la mujer de los cabellos blancos.

No se atrevió a preguntar nada en el primer momento. Abrió mucho la boca, asombrado.

—¿Usted es míster Jarke? —preguté.

—Sí...

—¿Cómo ha podido llegar hasta aquí?

—Por Dios, le ruego que se vaya...

—¿Cómo ha podido llegar hasta aquí antes que nosotros? Hemos rodado sin descanso después de dejar su motel.

—Empleamos... un helicóptero. Hace apenas un par de horas que hemos llegado aquí.

—¿Hemos? ¿Quiénes?

—Mi esposa y yo.

Tuve un escalofrío.

—No le entiendo —farfullé—. ¿Por qué lo han hecho? ¿Por qué han querido venir aquí?

—¿Usted no ha visto la casa de piedra que hay detrás del motel?

—Desgraciadamente, sí.

—Es propiedad nuestra. Mi esposa nació en ella y es ahí donde ha querido morir.

—Pero..., ¿tan mal está?

—No creo que dure un par de días.

—¿No cabe la posibilidad de que su esposa les esté engañando a todos? —pregunté agriamente—. ¿No ha pensado que podrían estar dando facilidades a un monstruo?

Me miró asombrado, abriendo mucho la boca.

—Un monstruo sí que lo es en estos momentos —susurró—, pero no por culpa suya. La enfermedad la destruye... Y ahora, por Dios, váyanse. Son ustedes unos asesinos.

—¿Se refiere a los muertos que hubo en su motel?

—¿A qué otra cosa puedo referirme?

—No fue culpa nuestra —dije—; dentro de muy poco comprenderá usted todo lo sucedido, pero debe bastarle saber que la policía no nos persigue. Supongo que se habrá dado cuenta de eso.

—Sí, y me extraña.

—No puedo darle ahora más explicaciones, pero sí que le garantizo que no soy un forajido. ¡Quién sabe! A lo mejor ha leído usted mis ciánicas en algún periódico de Nueva, York. Cuando esto se aclare será usted uno de los primeros en enterarse, se lo prometo. Y, ahora, dígame solamente si hicieron ante usted algún comentario acerca de la muerte de aquella muchacha.

—¿Lena Wanton?

—Sí.

—Los policías estaban muy extrañados. Naturalmente no me dijeron nada, pero yo creí entender, por sus comentarios, que habían llegado a una sola conclusión: el crimen había sido cometido por otra mujer.

Tragué saliva lentamente.

¿Era posible que aquel tipo no sospechase nada? ¿Era posible que ni tan siquiera se le hubiese ocurrido pensar en su esposa?

—Deme tres apartamentos independientes pero contiguos —dije—. Le ruego que no perdamos más tiempo.

Temblorosamente, me entregó tres llaves. Ni siquiera me hizo firmar en el libro registro. Sólo suplicó:

—No sé qué se traen entre manos, pero dejen morir en paz a mi

mujer. La he traído aquí sin reparar en gastos porque en este lugar nació y aquí desea terminar sus días. Por Dios, no quiero que sus funerales consistan en un tiroteo.

Tomé las llaves y volví la espalda. No dije una sola palabra.

Encontré a las dos mujeres fuera, y aunque sentía vahídos pudo llegar hasta la puerta de mi departamento. Una vez dentro, me senté en una butaquita y descorrí la cortina de la única ventana. Ésta también daba a la vieja casa de piedra.

Encendí un cigarrillo, procurando que mis manos no temblaran, y vi caer la noche, que se desplomó sobre nosotros con una increíble rapidez. Todo adquirió de pronto un aspecto raro, fantasmal, siniestro.

Las luces de la casa de piedra se encendieron.

Y en una de las ventanas vi recortarse la figura encorvada de la mujer de los cabellos blancos...

CAPÍTULO XVI

Lentamente me puse en pie. Todo el cuerpo me hacía daño, pero había comprendido que tenía que actuar precisamente esta noche.

Tenía que moverme antes de que aquella figura fantasmal causase nuevas víctimas.

En aquel momento, mientras intentaba darme fuerzas pensando que había llegado la noche decisiva, llamaron a mi apartamento.

—Adelante —dije.

Stella entró. Llevaba en las manos una cajita metálica que sin duda contenía todo lo necesario para un inyectable.

—Creo que es oportuno animarte con esto —dijo mostrando la cajita—. De un momento a otro te podrían fallar las fuerzas.

Sonreí con cansancio.

—¿Por qué empleas esos trucos tan tontos? Lo que pretendes es dormirme para poderme liquidar con más facilidad. ¡Qué estupidez! ¿Qué te cuesta disparar un balazo en cualquiera de las infinitas ocasiones en que te doy la espalda?

Vi temblar sus párpados, y en sus labios se dibujó una mueca triste que cualquiera hubiese jurado era sincera. Incluso yo.

—¿Cuánto tiempo vas a empeñarte en creer que soy Stella? ¿Cuánto aún va a durar esta tortura? —musitó.

—Hasta el día en que me claves un balazo en la nuca y cobres tu recompensa, cariño. Justo hasta entonces.

Sus ojos se nublaron.

—Suponiendo que yo fuese Stella, ¿tengo derecho a preguntarte si querías mucho a Mónica?

—Es la única mujer a la que he querido en mi vida.

—Gracias —susurró—. Gracias, Ted... Con esto tengo bastante.

Confieso que en aquellos momentos no la entendí, o quizá no

quise entenderla. Vi cómo con manos temblorosas preparaba la jeringuilla. Y recuerdo que lo único que acerté a decirle fue:

—Necesito estar bien despierto esta noche. Si piensas matarme yo no podré impedirlo seguramente. Pero al menos durante unas horas necesitaré estar en plena posesión de mis facultades. ¿Has visto esa casa de piedra? Pues ahí se oculta algo... Algo que ni tú ni yo comprendemos. Si me conviertes en un muñeco dormido, puede que seas tú la que esta noche oiga unos pasos de mujer como los oyó Lena Wanton... y lamentos cien veces que yo no pueda acudir en tu ayuda.

Temblaron sus manos mientras se acercaba con la jeringuilla.

—No temas...

Cuando le mostré el brazo desnudo, no acertó con la vena más que al tercer intento, pero yo estaba tan asombrado ante su turbación que casi no noté los pinchazos. Verdaderamente creí que los asesinos —sobre todo las mujeres— tenían más sangre fría.

Sin embarco, casi inmediatamente después de disolverse el líquido en mi sangre, me sentí mejor.

Decidí aprovechar aquel pequeño momento de euforia.

—Vamos a seguir un plan —dije—. Necesito tu ayuda y la de Norma, y necesito, sobre todo, que conservéis la serenidad.

—Habla —susurró, con lágrimas en los ojos.

—¿Por qué lloras? —pregunté.

—Por nada... Habla.

—Pienso entrar en aquella casa.

—¿Para qué?

—Tengo la sensación de que fue esa mujer, esa vieja que según dicen se está muriendo, la que asesinó a Lena Wanton. En cierto modo ni me va ni me viene ese crimen, pero me consideraría un fracasado y un cobarde si no intentara averiguar lo que hay tras todo este misterio. Quizá intentando descubrir lo de Lena Wanton salvo mi propia vida. Pero volvamos a mi plan: esa casa tiene dos pisos, y en el superior han de estar los dormitorios. Mientras yo los registro, necesito que vosotras estéis en la planta baja para avisarme de la llegada de cualquier persona, ¿entendido? No basta ahora con entretener a Jarke, o como se llame, porque el peligro podría llegar de otro lado, ya que el motel es muy grande. Nos pondremos a actuar... —Miré mi reloj— dentro de media hora.

—¿Aviso a Norma?

—Naturalmente. Y por el momento nada de armas, ¿entendido? Como al fin y al cabo lo que vamos a hacer es un allanamiento de morada, las armas podrían traernos complicaciones. Nos dirigiremos a la casa en intervalos de dos minutos esperándonos en la puerta.

—Bien —musitó ella.

Seguía habiendo lágrimas en sus ojos.

—¿Cuándo va a terminar la comedia? —pregunté brutalmente

—. ¿Crees que de veras hace falta todo eso?

Ella no contestó. Dio media vuelta bruscamente y salió del apartamiento.

Media hora después el silencio era casi absoluto en torno al motel, pues los americanos se acuestan mucho más temprano que los europeos, y si pueden evitan viajar de noche. Aquello, pues, parecía una isla desierta al borde de la carretera. Yo salí y me dirigí hacia la casa, aprovechando las zonas más oscuras. Sabía que de todos modos las dos mujeres estarían vigilantes y me habrían visto. En efecto, dos minutos después, cuando aún no había llegado a la casa, oí el suave ruido de una puerta, indicando que me seguía la primera de ellas.

Fue entonces cuando creí ver algo.

Era una sombra más espesa que las otras sombras, algo inconcreto que se movía frente a mí, pero que, sin embargo, produjo como un pinchazo en el fondo de mis nervios.

Era un hombre.

Maldije mil veces no haber tenido la precaución de llevar armas, porque sin duda los esbirros de Steve Familiare seguían al acecho. No pudiendo matarme en las carreteras, excesivamente vigiladas, me cazarían en aquel motel como habían intentado cazarme en los otros. Pero era demasiado tarde para reflexiones y decidí actuar. Al fin y al cabo aquel tipo quizá estaba allí como centinela y no me había visto aún. ¡Pues iba a ser él quien se llevaría la sorpresa!

Reuniendo mis fuerzas me lancé en rápida carrera hacia allí, pensando sorprenderle, pero en aquel momento los faros muy lejanos de un coche al tomar una curva iluminaron la zona. Reconocí instantáneamente al tipo. Era Flanagan, el falso viajante. Bueno, para que nos entendamos: el fulano enviado por el capitán

Bradley para seguirme y protegerme.

Llegué jadeando hasta él, que no se había movido.

—Es usted un águila —dije con un soplo de voz—. No sé cómo consigue estar siempre en su sitio.

—Cuestión de costumbre. ¿A dónde va? ¿No ha tenido bastantes disgustos por salir de su apartamento?

—Necesito llegar hasta aquella casa sin ser visto.

—¿Para qué?

—Eso cuestión mía.

—¿Piensa tal vez... en aquella vieja?

—Bueno, ¿por qué no? —susurré—. Hay algo muy extraño en el asesinato de Lera Wanton, algo que no lié comprendido aún.

—¿Y piensa averiguarlo en esa casa?

Rechiné los dientes.

—Para esto no voy a necesitar su protección —dije, quizá con excesiva brusquedad.

—Está bien —repuso calmosamente— pero le aconsejo que espere. Mire.

Miré hacia la casa, y una especie de sordo y oculto temor se apoderó de mí. No sabía explicarlo, pero aquella figura me helaba la sangre en las venas. Vi la silueta de la vieja, con sus inconfundibles cabellos blancos, descendiendo del piso superior a la planta baja. Eso era posible verlo gracias a que las escaleras de caracol que ponían en comunicación los dos pisos se divisaban desde el exterior a través de las ventanas. Permanecí en silencio mientras la vieja descendía, muy lentamente, y luego vi encenderse luz en un ventanuco situado a nivel del suelo. Eso significaba que había llegado a los sótanos de la casa.

—¿Sigue insistiendo? —preguntó Flanagan.

—¿Y por qué no?

—Adivino que esto, no le gusta.

—Tampoco me gusta morir estrangulado por un lazo de seda. Y esta noche voy a averiguar lo que se oculta tras ese misterio.

Flanagan sonrió suavemente, y sus ojos grises y crueles parecieron taladrar la oscuridad.

—Allá usted —dijo—. Suerte.

Y desapareció.

Apenas se había esfumado cuando llegaron junto a mí Stella y

Norma, las dos a la vez.

—Han pasado más de cuatro minutos —susurró Norma.

—Lo sé; es que me he entretenido. Vamos allá.

Mientras nos acercábamos casi a gatas, muy poco a poco, aprovechando las zonas de oscuridad, vimos de nuevo la silueta subir. Pero ahora esa silueta parecía mucho más fuerte, más erguida. Era sorprendente la sensación de fortaleza que daba. Uno olía el crimen y sentía que se le erizaban los cabellos en la nuca.

—De modo que está arriba... —musité—. Mejor, así podré verla cara a cara. Vosotras registrad los sótanos por si ha dejado algo que nos dé una pista. No temáis, porque ahora sabemos con seguridad que no está allí. No corréis ningún peligro...

Antes de decir aquellas palabras debí haberme mordido la lengua o lanzado un grito de horror. Porque en aquel momento no podía siquiera imaginar la clase de tumba, de abismo, de pozo de horrores a que las mandaba...

CAPÍTULO XVII

Penetrar en la casa no representó ninguna dificultad, porque la puerta estaba ajustada y cedió al primer impulso. La cerramos inmediatamente a nuestras espaldas, para que no se filtrase la luz al exterior, y nos hallamos en un vestíbulo pequeño, angustiosamente pequeño, en el que uno tropezaba casi al instante con las escaleras de caracol. Viejos y amarillentos retratos cubrían las paredes. Uno de esos retratos representaba a una mujer de unos setenta años, con los cabellos completamente blancos, los ojos fulgurantes que parecían mirar desde un lugar situado más allá de la tumba.

Fue Norma la que primero se estremeció.

—Es ella... —dijo con un soplo de voz.

—Seguro —reconocí—. Tiene que ser ella. Pero vosotras no os preocupéis porque no vais a encontrarla. Subo al piso superior. Vosotras descended a los sótanos. Nos reuniremos aquí dentro de diez minutos.

Yo sabía que la encontraría, que la vería cara a cara, y por eso todos mis músculos estaban tan tensos que habían adquirido la dureza de la roca. La inyección me daba fuerzas. Procurando serenarme, procurando respirar con calma, subí. Mis ojos llegaron al nivel del piso superior.

Y entonces vi los zapatos.

Vi aquellos zapatos puntiagudos, de otra época, con el tacón curvo, aquellos zapatos que ya sólo se encuentran en los pies de los muertos.

Vi también sus cabellos blancos y algo más.

¡Me estaba esperando!

La sorpresa me paralizó de tal modo, me dejó tan sin fuerzas que resulté víctima fácil para el monstruo. Porque todo lo que yo había

imaginado, todo lo que había temido quedaba pálido ante la horrible realidad. Porque mi garganta sólo pudo balbucir:

—¡No...! ¡No...!

Sentí entonces un golpe en la frente, un golpe horrible, y el mundo entero desapareció para mí.

Mientras tanto las dos mujeres habían llegado al sótano. No se enteraron de nada de lo que me había ocurrido, como yo sólo me enteré mucho más tarde de lo que les había ocurrido a ellas. Descendieron por las escaleras de caracol que chirriaban como muelles heridos. Se vieron en una gran sala que debía ocupar todo el sótano de la casa, una sala húmeda, de paredes desnudas, en la cual sólo había dos cosas: una mesa con un quinqué de petróleo y una mecedora.

¡La mecedora se estaba moviendo aún! ¡Se movía adelante y atrás, atrás y adelante como una pesadilla!

Y sobre ella estaba una mujer quieta, rígida, vestida con ropas antiguas y brillando en su cabeza los cabellos blancos.

Norma lanzó un aullido al verla.

Pero no fue porque la vieja se moviese, no fue porque avanzase hacia ellas, no fue porque sus ojos tuvieran el fulgor satánico que tenían en la foto del vestíbulo.

No, no fue por nada de eso.

Norma gritó precisamente porque la vieja no se movía, porque sus ojos no tenían fulgor. Porque no las miraba.

¡Porque la mujer de la mecedora estaba muerta! ¡Muerta!

Que había muerto por causas naturales parecía evidente. Sus facciones estaban serenas, a pesar de que la enfermedad las había destruido en parte, dándoles el aspecto de una máscara de pesadilla. No presentaba ninguna herida. Pero ninguna de las dos mujeres tuvo tiempo para fijarse en eso.

De pronto oyeron un «tlac», «tlac» metálico en las escaleras de caracol.

Pensaron que era yo, que descendía.

Fue Norma la primera en alzar el rostro. La primera en ver aquellos zapatos puntiagudos, pasados de moda, sobre su cabeza.

Fue también la primera en lanzar un grito horrible.

Una extraña figura de pesadilla descendía por la escalera de caracol. La bata con que iba cubierta le resultaba corta, pues su dueña, la vieja que ahora estaba muerta en el sótano, no había sido tan alta. Los zapatos también resultaban pequeños, pese a lo cual se movía sin dificultad. Y la peluca le daba a la vez un aspecto horrible y grotesco.

Porque, ¿qué aspecto había de tener un hombre disfrazado con todas aquellas cosas? ¿Qué aspecto no tendría Flanagan vestido de aquella manera?

Llevaba en la derecha una pistola con silenciador. Ahora tenía que matar a dos personas y no podía emplear el lazo.

—Vuestro amigo está sin sentido —musitó, mientras ellas retrocedían con los ojos agrandados por el espanto—. Lo he cazado bien con una bola de hierro como las que emplean los gauchos argentinos. Pero no lo he matado... Me interesa que viva... Que llegue vivo a Waterloo.

Puso el pie en el último peldaño. Su rostro sonrió todo él, sonrió satánicamente bajo la peluca qué lo deformaba.

—Yo soy el primer lugarteniente de Steve Familiare —masculló—. Steve ha enviado detrás de vuestro amigo a todos sus perros de presa para que nadie declare contra él en Waterloo. Pero yo los he ido eliminando... ¡para que Parvis llegue a declarar en el juicio y Steve sea entregado al verdugo! ¡Entonces yo le sustituiré! ¡Yo seré su heredero! ¡De la forma más sencilla y fácil me convertiré en uno de los hombres más poderosos de América!

Lanzó una seca carcajada y levantó la pistola suavemente.

—¡Y vuestro amigo creía que mi interés estaba en protegerle, que era uno de los enviados del capitán Bradley! ¡Qué poco sospechaba él que estaba en lo cierto, pero de una forma completamente distinta a como él había imaginado! Porque, en efecto, le he protegido: primero eliminé a Stella, tu hermana —miró a la compañera de Norma—, la cual había entrado en contacto con Steve para asesinarle, e incluso se había marcado la pequeña quemadura en uno de los muslos para hacer más exacto su parecido contigo. Luego liquidé a Lena Wanton, aprovechando para cubrirme el efecto siniestro que producía la sombra de esa vieja. Si yo robaba una de sus batas, un par de sus zapatos, una de sus pelucas y uno de sus malditos cordones de seda... ¡Qué fácil resultó todo! ¡Y qué lejos

estuvieron de sospechar de mí!

Hizo una horrible mueca, mientras elegía una víctima con el cañón de su pistola. La elegida fue Mónica.

—Vuestro amigo entró en la primera casa de piedra, pero no pudo averiguar nada. La vieja que cuando sentía dolores era bastante ágil y erguida, lo esquivó después de espiarle. Y esta noche me he dado cuenta de que empezabais a ser un peligro... Si entrabais aquí y lograbais verla os daríais cuenta de que ella no pudo cometer ningún crimen... ¡y entonces yo sería el primer sospechoso! Por eso he entrado por una de las ventanas posteriores de la casa he subido a los dormitorios para apoderarme de todo esto que llevo puesto... ¡y ahora vais a ser exterminadas las dos! ¡Ted Purvis llegará a Waterloo porque me conviene que declare, pero vosotras os quedaréis aquí! ¡Aquí para siempre!

Fue a apretar el gatillo cuando en ese momento una gota de sangre cayó sobre su cabeza.

Alzó el rostro con velocidad de vértigo, y fue entonces cuando me vio a mí. Me vio a mí con la cabeza casi abierta, pero dispuesto a luchar. Olvidándose de todo, levantó el revólver al comprender que yo iba a arrojarme desde lo alto de la escalera de caracol.

Mónica se movió también distrayéndole unas fracciones de segundo, y en ese momento me dejé caer yo. La bala me quemó la piel, pero sin alcanzarme. Flanagan rodó bajo mi peso, mientras yo sentía un agudísimo dolor y estaba a punto de perder el conocimiento. Le golpeé la muñeca, pero no pude desarmarle. Se puso en pie y yo salté también hacia atrás, buscando recuperar el equilibrio. Ahora que lo había oído todo me asaltaba un salvaje deseo de luchar, porque sabía que la vida de dos mujeres —¡una de ellas Mónica!— dependía de mis fuerzas. Levanté el pie y le alcancé en el mentón mientras él se inclinaba. Pero le hice vacilar solamente.

¿Solamente?

Lancé un grito al ver que iba a caer sobre la mesita del quinqué de petróleo. Mónica gritó también.

Roto el cristal protector, él quinqué arrojó una llamarada bajo el cuerpo de Flanagan. Éste lanzó un alarido infrahumano, mientras yo, con el pie, arrojaba lejos su pistola. Al ver que las llamas prendían en su cuerpo grité:

—¡Pronto, Mónica! ¡Busca ayuda! ¡Prontoool!...

Pero Flanagan había perdido la serenidad. Iba de un lado a otro del sótano, chocando contra las paredes, aullando, sin dejar que le echáramos algo de ropa encima. Yo me quemé también al intentar ayudarle, pero fue inútil. Cuando Mónica trajo dos hombres y una manta, logramos echársela encima y mantenerlo quieto, Flanagan, el asesino, vivía aún, pero era algo mucho peor que un cadáver. Mucho peor que el cadáver de la mujer de cabellos blancos que en silencio le contemplaba desde el Más Allá.

EPÍLOGO

Pero las sorpresas no habían terminado.

Cuando dos días más tarde llegamos a Waterloo, primero que hice fue presentarme al fiscal. Éste me espetó ni más ni menos que esto:

—No hacía falta que viniera. Ojalá hubiéramos podido avisarle.

—¿Qué dice? ¿No hacía falta que viniera?... ¿Después de todo lo que he pasado? ¿Y por qué?

—Steve Familiare ha muerto. Murió de muerte natural un día después de salir usted de Nueva York, pero hemos mantenido la noticia en secreto. Ni sus propios hombres —los pocos que quedan— lo saben aún. Y, naturalmente, el juicio no se celebrará. Al asunto le hemos dado carpetazo.

Y dio un golpe en la mesa, poniendo punto final a la aventura. Así, de una manera tan sencilla. Ya está. Carpetazo.

Cuando salí de allí me dolía la nuca, pero no por lo que había pasado yo, sino por lo que inútilmente había hecho Flanagan. Muerto su jefe, él hubiera sido el sustituto sin necesidad de matar a nadie ni de convertirse en una antorcha humana. Y ahora era una cosa sangrante y palpitante que se estaba muriendo en un hospital del Estado. Sentí ganas de emborracharme por primera vez en mi vida. Lo juro. Levanto la mano como se hace en los Tribunales y lo juro. Por éstas.

Después de escribir estas líneas voy a casarme con Mónica. Le he pedido perdón cien veces, pero aun así no estoy seguro de que las cosas vayan entre nosotros muy bien, por lo menos en los primeros tiempos. De momento ya he tenido que aguantarme con su primer capricho: de viaje de novios quiere que vayamos a Egipto, para ver la esfinge...

FIN